A MERCERIA DE
A DALIA ROJA

MEDIA ASAINETADA DE

AR MILL'AN ASTRAY



Cubierta

de

este

número:

Pilar Millán Astray

autora

de

La Mercería de la Dalia Roja.

Retrato

de

Julio Romero de Torres

PILAR MILLAN ASTRAY

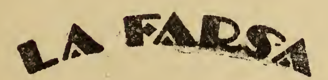
LA MERCERIA DE LA DALIA ROJA

COMEDIA ASAINETADA, EN TRES ACTOS, ORIGINAL

Estrenada por la Compañía de CARMEN MORAGAS, en el Teatro Cómico, de Madrid, la noche del 4 de mayo de 1932.

DIBUJOS DE
ANTONIO MERLO





AÑO VI ||| 25 DE JUNIO DE 1932 ||| NÚM. 250
MADRID

A RAMON MARTINEZ DE LA RIVA

Dos veces me ofreció su compañía de teatro para estrenar mis obras, Dios premió su hidalguía dándole dos grandes éxitos con ellas. Yo para siempre le ofrezco mi sincera amistad y mi agradecimiento.

PILAR MILLAN ASTRAY

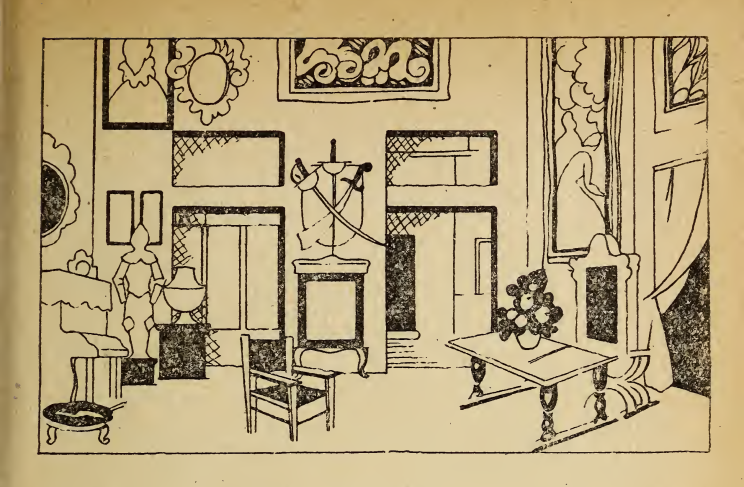
REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Mari Alicia (Mari Carmen)..........	Carmen Moragas.
Manuela..................................	Micaela Castejón.
Susana....................................	Pilar G. Torres.
Victorina................................	Carmen L. Lagar.
Gacela....................................	Amanda Nalda.
Nati..	Paz Robles.
Trini.......................................	Consuelo Sanz.
Sotera.....................................	Natividad Rodríguez.
Serapia...................................	Panchuly Meller.
Adelita...................................	Emilia Sanz.
Rafael.....................................	Rafael Calvo.
Ramón.....................................	Ricardo Juste.
Juan Gonzalo...........................	Rafael Terry.
Alvaro.....................................	Manuel Dejuán.
Belisardo................................	Emilio Menéndez.
Sisenando...............................	Leopoldo de Diego.
Conde......................................	Francisco Calvera.
Un Inglés................................	Angel Alcaraz.
Un Joven.................................	Francisco Valera.
Criado.....................................	Rodolfo del Campo.

La acción en Madrid. Epoca actual.—Derecha e izquierda, las del actor.

NOTA.—Ramón puede hablar naturalmente, sin acentuar el acento gallego.

ACTO PRIMERO



Tienda de antigüedades. En el foro, puerta de cristales que da a la calle, y escaparate. En lateral derecha, puerta a los almacenes. En lateral izquierda, puerta a las habitaciones interiores. En la escena, muebles antiguos, vitrina, bargueño, sillones frailunos, cuadros, armaduras, etc. Todo ha de estar en perfecto orden y muy aseado. Junto a lateral derecha, un piano antiguo, cubierto con damascos.

(*Al levantarse el telón están en escena un SEÑOR INGLES y BELISARDO.*)

MISTER.—¿No están sus dueños?

BELISARDO.—Fueron a ver los muebles de una testamentaría, y en eso suele emplearse bastante tiempo. ¿Pero tiene la bondad de decirme el míster lo que desea, por si yo le puedo servir?

MISTER.—Deseo un abanico Imperio y algún traje de época.

BELISARDO.—¿Para caballero?

MISTER.—Yes.

BELISARDO.—Respecto al abanico es mejor que vuelva míster cuando esté doña Manolita, que es la que se entiende con esas cosas. Hay uno que perteneció a la emperatriz Josefina que es una maravilla.

MISTER.—¡Muy interesante!

BELISARDO.—Y en trajes de época los tenemos variadísimos. El

señor Carballeira posee en su colección desde la dalmática de Felipe el Hermoso hasta el paletó de Fernando Séptimo.

MISTER.—Interesantísimo lo del paletó. (*Mira la vitrina.*) ¡Qué bella cruz!

BELISARDO.—¡Estupenda! Perteneció al célebre cardenal Richelieu... Esa pequeña daga que hay a su lado era la plegadera con que abría el moro Muza las hojas del primer *Corán* que escribió Mahoma... ¿Quiére el míster examinarla de cerca?

MISTER.—¡Oh! No se moleste. Cuando vuelva Carballeira hablaré sobre ella... Hasta luego. (*Va hacia el foro.*)

BELISARDO.—(*Saludando y abriendo la puerta.*) ¡A sus órdenes! ¡Qué lástima! Si llega a estar mi ama, negocio seguro... Este es de los que compran. ¡Menudo *auto* lo esperaba!

SUSANA.—(*Sale lateral izquierda.*) ¿Has vendido algo?

BELISARDO.—¡Palabrería na más! ¿A dónde se dirige ese cuerpecito serrano?

SUSANA.—A comprar una madeja de lana para mi señora. ¡Eh, cuidao, las manitas quietas!

BELISARDO.—¿Pero es que no hay nada en el mundo para ablandar ese corazón de granito?

SUSANA.—No quiero anticuarios, que son muy embusteros.

BELISARDO.—Pero mi agüelo tuvo una salchichería en la calle la Arganzuela.

SUSANA.—Pero como tu abuelo s'ha muerto y la salchichería ha quebrao, no puedo hacerte caso.

BELISARDO.—¡Por castiza mereces todo el oro del mundo!

SUSANA.—¡Más castizo que el monumento de los Chisperos y me los han colocao a los pobrecitos míos en las Yeserías!... (*Sale foro.*)

MANUELA.—¿Vino alguien? (*Guarda la mantilla en un mueble.*)

BELISARDO.—Un inglés, que volverá luego. ¿Se hizo negocio, mi ama?

MANUELA.—Mucho ruido y pocas nueces; total había cuatro trastos sin ningún mérito artístico. (*A Susana.*) ¿Vas a la calle?

SUSANA.—Sí, señora. ¿Se le ofrece algo?

MANUELA.—Podrías traer de paso la cena, y así no sale la Ufrasia, que tarda tanto.

SUSANA.—Con muchísimo gusto. ¿Qué compro?

MANUELA.—(*Dándole un billete.*) Mientras esté en mi casa la señora marquesa aquí se come gloria celestial.

SUSANA.—Pues venga de ahí, porque cuando estas manitas están sobre el fogón hacen filigranas.

MANUELA.—Discurre tú, que estás más acostumbrada a las grandes comidas.

SUSANA.—Primero, un *consomé;* después, un buen pollo asado. Ensalada de lechuga, que una servidora se perece por ella, y pa postres un flan, plátanos, naranjas y uvas. ¿Hace el menú?

MANUELA.—Como dictado por los propios ángeles.

BELISARDO.—¡La señora marquesa está acostumbrada a tan buenas cosas!...

MANUELA.—¡Si hubierais visto el palacio de sus padres! Un jefe de comedor que parecía un príncipe; criados de calzón corto sirviendo a la mesa con vajilla de plata maciza...

BELISARDO.—(*Suspirando.*) ¡Ay que ver qué torres tan altas se vienen al suelo!

SUSANA.—Una mala cabeza derrumba una catedral con cimborrio y todo.

MANUELA.—¡Vosotros ni una palabra de esto ni en tiendas ni en plazuelas, ¿sabéis?

SUSANA.—¿Pero por quién me ha tomao usté a mí, doña Manolita? Se ha olvidao que quiero a mi señora más que a las niñas de mis ojos. ¡Mire usté si yo iba a echar la lengua a paseo pa que se enterara el marido en dónde está escondida!

MANUELA.—¡Es una ligera advertencia na más!... ¡Perdona!

SUSANA.—No hay de qué; pero lo primerito es conocer a las personas. Bueno; me voy por el capazo y saldré por la puerta del patio.

MANUELA.—¿Qué hace tu señora?

SUSANA.—Está tomando el té...

MANUELA.—¿Compraste las pastas que te dije?

SUSANA.—Ella lo toma franciscano; ahora se estila poco condumio pa eso de conservar la línia. (*Imita a las señoras.*) ¡Hasta siempre! (*Vase primera izquierda.*)

MANUELA.—¡Lleva los barrios bajos metidos en el alma!

BELISARDO.—(*Con calor.*) ¡Será chula mientras viva! A mí me encanta oírla... ¡Tiene una gracia!...

MANUELA.—¡Para la jaca, niño! ¿Catalogastes las porcelanas de Sevres?

BELISARDO.—¡No tuve tiempo, doña Manolita!

MANUELA.—El día en que te coja los Serlojolmes te los quemo todos! Tú ya sabes que con el amo no hay disculpas.

BELISARDO.—Pero si yo...

MANUELA.—¡No me repliques y anda a cumplir con tu obligación! (*Vase Belisardo lateral derecha.*)

RAMON.—(*Sale foro con un ramo de flores.*) Os ofrezco, señora, estas flores para conmemorar el día más feliz de mi existencia.

MANUELA.—¡Hay que ver lo poetiquísimos que sois los gallegos!...

RAMON.—Hoy hace treinta años que se unieron nuestras vidas en la parroquial iglesia de San Sebastián.

MANUELA.—(*Coqueta.*) ¿Te arrepientes?

RAMON.—Si mil veces me tuviera que casar contigo, mil veces volvería a repetir lo hecho con la sonrisa en los labios y el amor en el alma. ¡Tengo por mi Manolita la mismísima ilusión que el primer día!

MANUELA.—¡Cualquiera se podía figurar que iban a encajar tan bien una madrileña y un hijo de Santiago de Compostela!

RAMON.—Hay contrastes que sugestionan.

MANUELA.—¡Un poquito te hago rabiar algunas veces!

RAMON.—Son pequeñas ráfagas que se desvanecen con un beso. (*La besa.*)

ALICIA.—(*Sale lateral izquierda, con sombrero.*) ¡Qué idilio más simpático!

RAMON.—¡Señora marquesa! Hoy hace treinta años que nos casamos, y en este tiempo no empañó ni la más ligera nube nuestra dicha.

ALICIA.—(*Suspira.*) ¡Qué envidiable felicidad! ¿Viste al conde del Pino?

RAMON.—Ya le llevé la lista, y dijo que esta misma tarde vendría a ultimar el asunto.

ALICIA.—(*Risueña.*) Vamos a ver cómo agudizáis el ingenio para sacar cuanto más podáis por los restos de mi pasada grandeza.

MANUELA.—No tenga miedo, que el enganchar al conde es cuenta de Ramoncito.

ALICIA.—¡Pensad que es muy astuto!

MANUELA.—¡Pero éste es gallego!

RAMON.—¡Figúrese los recursos que emplearé tratándose de usted!...

ALICIA.—¡No sé cómo pagaros lo que estáis haciendo!

MANUELA.—¡Con un poco de cariño estamos de sobra recompensados!

ALICIA.—¡Un mucho, y de corazón! Yo no conozco los términos medios: o todo, o nada.

RAMON.—¿Qué no se haría en esta casa por usted, señorita Alicia? (*Se oye romper vajilla.*)

MANUELA.—¡Ay, Virgen de la Paloma! ¿Qué me habrá roto ese estúpido?... (*Vase muy de prisa lateral derecha.*)

ALICIA.—¡Si no sacas los quince mil duros no sé lo que va a ser de mí!

RAMON.—¡Estese tranquila!

ALICIA.—¡Quién te iba a decir que serías un día la providencia de la nieta del poderoso marqués de San Clodio! ¡El mundo es una cadena en que vamos eslabonados los unos a los otros!

RAMON.—Todo cuanto soy se lo debo a su abuelo, que esté en gloria. ¡Qué menos puedo hacer en su memoria que abrirle paternalmente los brazos a su nieta en un momento apurado de su vida!

ALICIA.—Si todos pensaran como tú y en todos los corazones se anidara el agradecimiento como se anida en el tuyo, ¡de qué diferente manera andaría el mundo!

RAMON.—(*Emocionado.*) ¿Quiére irse al Jesús de Medinaceli a pedirle que nos ilumine a todos para salir con bien del laberinto donde estamos metidos?

ALICIA.—¡Figúrate con el fervor que se lo pediré!

RAMON.—Sentiría que el conde del Pino se presentase de pronto. No conviene que sepa que está usted en Madrid.

ALICIA.—¡Me daría mucha vergüenza verlo! ¿Te acuerdas de cuando iba a jugar al tresillo con mamá?

RAMON.—No se entristezca con recuerdos pasados!...

ALICIA.—¡Si ellos son mi única alegría!... Si los momentos que evoco mi niñez son para mí tan dulces que calman la amargura del presente y me dan aliento para emprender las luchas del porvenir... ¡Pero, fuera tristezas, Ramón, y hagamos frente a la vida con valor y firmeza!... (*Medio mutis.*)

RAMON.—¡Así me gusta verla!

ALICIA.—¡Teniendo salud y confianza en Dios, el mundo es nuestro! (*Vase foro.*)

RAMON.—Lleva dentro el espíritu de los San Clodio. ¡Nobles caballeros y damas virtuosas! Hay hombres que merecen mil muertes. ¡Bellaco! ¡Hacer lo que hizo con un tesoro como éste!

(*Sale un JOVEN por el foro, vestido de luto, y lleva un cuadro envuelto en un papel.*)

JOVEN.—¿El señor Carballeira?

RAMON.—Servidor de usted.

JOVEN.—(*Desenvuelve el cuadro.*) ¿Tiene la bondad de fijarse en este bodegón? Es muy hermoso, ¿verdad? El pepino está diciendo comedme, y este manojito de rábanos son deliciosos. ¡Qué hombre más colosal! ¡Qué genio más grande!

RAMON.—(*Examinando con la lupa.*) Efectivamente, es una copia muy bien hecha.

JOVEN.—¡Qué me dice usted!

RAMON.—La verdad, caballero. El colorido de esta lechuga no

es del inmortal maestro. ¡Imposible que él pintara unas hojas tan mustias! ¡Imposible!...

JOVEN.—(*Desanimado.*) Pues mi difunto tío, gran técnico en pintura, aseguraba que era un Velázquez legítimo.

RAMON.—(*Sonriendo.*) Yo respeto mucho la opinión del finado, pero el cuadro no me interesa. (*Se lo devuelve.*)

JOVEN.—(*Haciendo medio mutis, y vuelve.*) Bueno, ¿qué me da usted por él?

RAMON.—Quinientas pesetas.

JOVEN.—¡Eso es poquísimo!

RAMON.—Vaya a otra casa a ver si le dan más, ¡que lo dudo! Yo, por mi parte, no puedo subir ni un céntimo a lo ofrecido, y créame usted que si no acepta me hace un gran favor.

JOVEN.—Vengan en seguida los cinco billetes. ¡Necesito dinero antes de que llegue la noche!

RAMON.—(*Pagando.*) Si le quedan más copias tráigalas y nos arreglaremos.

JOVEN.—¡Haremos negocio, amigo Carballeira, porque en la finca que heredé en El Escorial hay cuadros a montones. ¡Mi pobre tío era un chiflado!

RAMON.—¿Quiére usted dejarme su tarjeta, y cuando me indique pasaré a ver los cuadritos esos?

JOVEN.—(*Le da su tarjeta.*) La semana que viene, sin falta, le avisaré para que vayamos juntos a que usted elija lo que más le agrade.

RAMON.—¡Agradecidísimo, caballero! Créame usted que sabré corresponder a su atención.

JOVEN.—Adiós, amigo Carballeira.

RAMON.—Páselo bien, señor... Ya sabe dónde tiene su casa. (*Vase foro Joven y Ramón cae desfallecido sobre uno de los sillones.*) ¡Pensé que me moría con la emoción!... ¡Manola! ¡Manolita! ¡Ven corriendo!...

MANUELA.—(*Sale lateral derecha.*) ¿Qué te pasa, Ramoncito? ¿Qué tienes? ¡Habla, por caridad!...

RAMON.—Mira eso... ¡Míralo y no te desmayes!...

MANUELA.—(*Examinándolo con la lupa.*) ¡Un Velázquez! ¡Pero qué milagro es éste!

RAMON.—Echale bajo..., muy bajo..., bajísimo...

MANUELA.—Dos mil duros.

RAMON.—¡Quinientas pesetas!

MANUELA.—¿Pero quién hizo esa barbaridad tan grande?

RAMON.—Un joven que acaba de heredar de un tío viejo una

magnífica colección de cuadros. Mira su tarjeta. Rufino Memolandis... ¡Ahora lo comprendo! ¡Un Memolandis!...

MANUELA.—¡A ése hay que atraparlo, Ramoncito! ¡Por Dios, que no se nos escape!

RAMON.—¡No tengas cuidado!

MANUELA.—Hoy entró la fortuna en casa.

RAMON.—¡La hora que esperamos todos los anticuarios! Al fin llegó... (*Suena la bocina de un auto.*) Ahí está el conde del Pino. Afilemos el gancho.

MANUELA.—¡Piensa en ella!

(*Se abre la puerta del foro y aparece GACELA, lujosamente vestida y con un Buda en brazos.*)

RAMON.—¡Malos demonios te lleven! Ya tenemos aquí otra vez a la danzarina con el Buda de la mala sombra.

GACELA.—(*Tiene acento francés.*) ¿Cómo les va?... ¿Bien? Tanto que me alegro...

RAMON.—Madán Gacela... ¡Cuánto placer me causa ver de nuevo a la mundial danzarina! ¡A la reina del arte y de la belleza!

GACELA.—Es usted muy amable...

RAMON.—Justicia, sólo justicia.

GACELA.—Bueno, justicia será cuando todos me lo dicen. Mire, aquí le traigo otra vez su Buda..., porque ya no lo quiero.

RAMON.—¿Usted sabe la compra que hizo? Vale dos mil pesetas a ojos cerrados.

GACELA.—¡Por Dios santo! ¡Qué extraño es esto que sucede! ¿Por qué, valiendo dos mil pesetas me lo vendió en cuatrocientas? ¿Por qué se decidió a perder tan grande cantidad usted, que es capaz de negociar hasta con su padre?

RAMON.—¡Señora, respete la sagrada memoria de mi padre, que está muerto! Yo negocio leal y honradamente, y no consiento que nadie...

MANUELA.—¡Tenga calma!... ¡No enfadarse!

GACELA.—¡Calma! ¡Calma! Desde que entró este Buda en mi casa todas son desdichas. Los hay de buena sombra, no lo niego; pero éste es fatídico. Sí, madán, no proteste.

MANUELA.—¡No sea maniosa!

RAMON.—¡Supersticiones infundadas!

GACELA.—Se me perdió un pandantif de brillantes que me regaló Pirandelo. ¡Reñí con el duque! Anoche hice una pirueta ridícula en una danza y ¡engordé seis kilos! ¿Pueden pedirse más desdichas? ¡Dígalo, por favor!

RAMON.—¡ Casualidades !

GACELA.—¡ Chetatura legítima ! ¡ Vaya, que no lo quiero ! Deme la mitad de lo que me costó. Pero quédese buenamente con él... ¡ Usted, que es tan gentil, mesié Carballeira !

MANUELA.—No le queremos, ni regalado..., y para no andar con músicas, cuéntale la verdad. ¡ Las cosas, claras ! ¡ Yo no sé mentir !

RAMON.—Una tarde entró en esta tienda un caballero muy elegante con ese chino en brazos, y con los ojos fuera de las órbitas. ¡ Le vendo este Buda !, me dijo emocionado. Deme por él lo que quiera. Un buen negocio, pensé yo. Ofrecí doscientas pesetas por lo que vale miles y cuál no sería mi asombro al ver que lo soltaba en seguida y salía huyendo... ¡ Para qué contarle cuanto nos sucedió desde que fuimos sus dueños !

GACELA.—¡ Quiero saberlo ! ¡ Hable, se lo suplico ! (*Sale BELISARDO lateral derecha.*)

RAMON.—¡ Perdimos el pleito con el Museo, nos robaron unas telas antiguas que valían un dineral y una Virgen bizantina de muchísimo mérito...

BELISARDO.—¡ Este tío tiene la sombra más negra que vi en mi vida !...

GACELA.—¡ Cuánta catástrofe !...

RAMON.—Y muchas más cosas que no hay por qué relatar. ¡ Figúrese si lo vamos a coger de nuevo ! No, madán. ¡ Por nada de este mundo !

GACELA.—¡ Esto es horroroso, porque no se puede romper ni despreciar si no se quieren acarrear nuevas desgracias sobre uno. ¡ Renuncio a que me devuelvan ningún dinero ! ¡ Se lo regalo ! (*Lo deja sobre un bargueño y se va muy de prisa por el foro.*)

RAMON.—(*Corriendo detrás.*) ¡ Que no lo queremos ! ¡ Que no lo queremos !

GACELA.—¡ No lo desprecie, por favor, mesié ! ¡ No provoque sus iras, que son teguibles ! ¡ Teguibles ! (*Vase.*)

MANUELA.—¡ Ya lo tenemos otra vez en casa !

RAMON.—(*Desde el foro.*) ¡ Así engordes tantos kilos que te tengan que subir con grúa por el balcón de tu casa ! ¿ Nos pasará algo malo, Manolita ?

BELISARDO.—(*Desafiando al Buda.*) ¡ Tío gordo, tío feo !...

RAMON.—¡ No lo insultes, rapaz, por tu madre te lo pido ! ¡ No provoques sus iras, que son teguibles ! ¡ Teguibles !

BELISARDO.—¡ No tengan miedo ! ¡ Si ya nadie cree en ellos !...

MANUELA.—Arréglatelas como quieras, pero échatelo cuanto antes de encima. ¡Si todas esas mujeres son unas enredantes!...

RAMON.—Tenemos que vivir del público en general, Manolita. Hay que revestirse de paciencia.

MANUELA.—¡Envidio tu calma, porque a mí me ha puesto la danzarina muy nerviosa! Anda, vaguísimo, vamos a seguir colocando los prismas en la lámpara y como vuelvas a romper otra cosa te rompo yo a ti la cabeza. (*Vase lateral derecha.*)

BELISARDO.—(*A Buda.*) ¡Cara de pánfilo! ¡Idiota! Buditas a mí, ¡guay! (*Vase lateral derecha.*)

RAMON.—¡Qué atrevida es la ignorancia! (*Sale foro un CRIADO vestido de luto.*)

CRIADO.—¿El señor Carballeira?

RAMON.—Servidor de usted. ¿Qué desea?

CRIADO.—Vengo a decirle que el bargueño que tenía que mandar a la señora duquesa de Carnestolendas que no lo envíe ya, porque mi pobre señora murió de repente esta mañana.

RAMON.—¡Qué me dice usted!

CRIADO.—¡La verdad, por desgracia, señor Carballeira! (*Vase foro.*)

RAMON.—(*Mirando al Buda.*) ¡Ya empezamos! ¡Y en esa venta me iba a ganar mil pesetas! (*Coge al Buda.*) ¡Pero si no se puede romper ni despreciar! ¡Hay que aguantar mecha! ¡Y sea lo que Dios quiera! (*Vuelve a dejarlo sobre la mesa.*)

RAFAEL.—(*Sale foro.*) ¿Cómo está el simpático Carballeira?

RAMON.—¡Querido doctor!... ¡Gracias a Dios que lo vemos por aquí, ingratón!

RAFAEL.—Desde que llegué del cortijo estoy agobiado de trabajo. No tengo libre ni un momento.

RAMON.—Eso nos dijo don Juan Gonzalo cuando vino ayer a comprarle unos muebles para su despacho. Dice que le pone la clínica a todo lujo.

RAFAEL.—¡Se vuelve loco gastando dinero!

RAMON.—Usted se lo merece todo. Pero siéntese, haga el favor.

RAFAEL.—(*Se sienta.*) ¡Qué sillón más hermoso!

RAMON.—Perteneció al cardenal Cisneros.

RAFAEL.—¡No me diga mentiras, Carballeira, que soy casi del oficio!

RAMON.—¡Está catalogado, don Rafaelito, y con usted soy incapaz...!

RAFAEL.—Venga su fe de bautismo.

RAMON.—Déjese de regateos. Un hombre de tanto saber es digno de ocupar un trono.

RAFAEL.—Apague el botafumeiro gallego.

RAMON.—Conmigo no le valen la sencillez ni la humildad.

RAFAEL.—¿Preferiría que fuese un fantasioso?

RAMON.—¡Si cuentan y no acaban de las estupendas curas que está haciendo!...

RAFAEL.—Una mijita de suerte na más.

RAMON.—¡Suerte! Matrículas de honor en toda la carrera, prácticas en los hospitales, profundos estudios en los libros. ¡Eso, eso es lo que cura a los enfermos! ¡Lo demás son pamplinas!

RAFAEL.—(*Guasón.*) Y a veces, hierbas cogidas a la luz de la luna, y ungüentos hechos según recetas de sabios hechiceros o curanderos milagrosos.

RAMON.—(*Molesto.*) ¡Ya le fué contando Manolita lo de las cataplasmas! ¡Charlatana!

RAFAEL.—Palabra que nada sabía. ¿Pero usted cree en esos infundios? ¡Por la Virgen Santísima, Carballeira! Un hombre tan inteligente retrocediendo a los tiempos primitivos.

RAMON.—¡Quite allá, qué voy a creer yo en semejantes patrañas! Fué mi mujer que me obligó a ponérselas quieras que no quieras.

RAFAEL.—¡Mira Manolita con sus ribetes de bruja! ¡Nunca lo hubiera pensado!

RAMON.—¡Por Dios, no se lo diga, porque le molesta mucho que sepan su debilidad!

RAFAEL.—No tenga miedo, que seré discreto.

MANUELA.—(*Sale lateral derecha.*) ¡Qué alegría más grande me da verlo otra vez entre nosotros! (*Se saludan.*)

RAFAEL.—Desde que llegué, siempre queriendo venir. Usted, repuesta del todo, ¿verdad?

MANUELA.—¡Como nueva! Las cucharadas que me recetó me sentaron de perlas.

RAMON.—Parece otra desde que las toma.

MANUELA.—Mi trabajillo me costó convencerle de que me sentaban bien. ¡Me quería tirar el frasco a la calle, porque le tiene guerra declarada a la medicina!

RAMON.—¡Por Dios, Manuela!

MANUELA.—Los gallegos parecen brujos; todo lo curan con hierbas milagrosas; pero yo no tengo fe en esas cosas.

RAFAEL.—Este Carballeira es grande, ¡colosal!

RAMON.—Y estas madrileñas por decir un chiste sacrifican a su padre.

MANUELA.—¿Y de novias, cómo andamos? Don Juan Gonzalo nos dijo que está deseando ser abuelo.

RAFAEL.—Pues va para largo.

MANUELA.—¿Tan raro es usted que no encuentra su media naranja?

RAMON.—Pues las hay bonitas a querer.

RAFAEL.—¡Quizá por eso no me decida por ninguna!

RAMON.—¡Casamiento y mortaja, del cielo baja!

MANUELA.—¡O sube del infierno, porque hay algunos casos...!

RAMON.—Pues en la tierra de usted son las mujeres preciosas.

RAFAEL.—¡Si viera usted lo que siento ser así, Manolita de mi alma!

RAMON.—Es cuestión de carácter. A mí también me pasaba lo mismo.

MANUELA.—Los tardíos, cuando dan en el blanco, se quedan clavados en él para toda la vida.

RAMON.—¡Cierto! ¡Ciertísimo!

RAFAEL.—Pues ya tengo gana de que me suceda a mí eso.

MANUELA.—Será cuando menos lo espere, porque para fraile cartujo no nació.

RAMON.—Al corazón hay que darle lo suyo.

RAFAEL.—El día que tome carrera va ir a galope tendido.

MANUELA.—¡Es más simpático que las pesetas!

RAFAEL.—Si no supiera tan a fondo lo que valgo, entre ustedes y el autor de mis días me iban a hinchar de vanidad. ¿Cuándo me mandarán los muebles que compró mi padre?

RAMON.—Mañana sin falta los tendrá todos en su casa.

RAFAEL.—(*Saludando.*) Mucho gusto en verles.

MANUELA.—Salude a don Juan Gonzalo.

RAMON.—¡Que se repita la visita!

RAFAEL.—Ya vendré por aquí... ¡Hasta la vista! (*Va a salir foro y tropieza con MARIA ALICIA, que entra muy de prisa.*)

ALICIA.—¡Ay!

RAFAEL.—¡Perdone, señorita!

ALICIA.—(*Sonríe.*) Usted es el que tiene que perdonar... Venía distraída...

RAFAEL.—De todas maneras siento haberla asustado... Repito mi perdón. (*Vase.*)

ALICIA.—Vengo nerviosísima, porque vi al conde del Pino en la Carrera de San Jerónimo.

MANUELA.—¿La vió a usted él?

ALICIA.—No, porque iba en el automóvil leyendo un periódico.

MANUELA.—¡Escóndase, que no conviene que la vea!

RAMON.—(*Desde foro.*) ¡Pronto! Que ya paró el *auto!* (*Vase Alicia lateral izquierda.*) Pase, señor conde; pase adelante. (*Sale CONDE foro.*)

MANUELA.—¡Señor conde!

CONDE.—Hola, Manolita. ¿Tienen los muebles?

MANUELA.—En el almacén están. ¡Buena ganga se va a llevar! ¡Buena!

CONDE.—Confieso que me interesa mucho todo lo perteneciente a la casa de San Clodio. Hay cosas de verdadero mérito.

MANUELA.—(*Señala lateral derecha.*) ¿Quiere que pasemos a verlos?

CONDE.—No hace falta; lo que me dieron apuntado en la lista lo conozco perfectamente. Les ruego que me hagan un lote de todo y me digan el precio. ¡Cuidado, Carballeira, que ya sabe cómo las gasto y lo que me molesta perder el tiempo en regateos! ¡Venga pronto una cifra redonda!

RAMON.—¡Setenta y cinco mil pesetas!

CONDE.—¿Entra el cuadro de la difunta marquesa?

RAMON.—¡Ese me lo reservo para mí!

CONDE.—Entonces doy sesenta mil.

RAMON.—Suyo es el lote, señor conde.

CONDE.—Muy bien. Ahora cuénteme algo de la marquesita.

MANUELA.—¡Debe ser muy duro verse pobres después de ser tan ricos!

RAMON.—¡Y todo por un hombre sin conciencia!

CONDE.—Estará desesperada.

RAMON.—Tiene una conformidad grandísima. Ni una palabra de dolor, ni un reproche para el causante de su desgracia. ¡Nada! Siempre la verá usted con la sonrisa en los labios.

CONDE.—Fué un verdadero escándalo la fuga de Alvaro de San Román con la bailarina rusa.

MANUELA.—Todo el mundo se indignó la mar.

CONDE.—¿Seguirá la marquesa viviendo en Madrid?

RAMON.—No creo.

MANUELA.—(*Misteriosa.*) Se marcha con Susana, su doncella, a Buenos Aires. Va huyendo del marido, ¿sabe usted?

CONDE.—Hace perfectamente. Si Alvaro le coge el dinero que le queda se lo gasta en dos días. Si vuelven a ver a la marquesa les ruego que guarden reserva. ¡No le digan que yo compré sus muebles!

RAMON.—¡Al recomendarnos discreción nos ofende el señor conde!

CONDE.—¡Caramba, qué Buda más interesante!

RAMON.—¡Es una verdadera joya! ¡Fíjese qué línea!...

MANUELA.—¡Y qué carita de bondad!

RAMON.—Se lo doy por mil pesetas.

CONDE.—Doy setecientas.

RAMON.—Suyo es. ¡Hace de nosotros lo que quiere!

MANUELA.—Anda, Ramoncito, llevaselo al coche para que no se moleste.

CONDE.—Gracias; yo mismo lo llevaré. Se lo voy a regalar a mi mujer, que es coleccionista de Budas. (*Va hacia el foro.*)

RAMON.—¡Pues como este ejemplar no le tiene otro!

MANUELA.—¡Y la sombra que tiene! Adiós, señor Conde; mañana le enviaremos los muebles. Adiós. (*Va a salir el Conde y un MOZO que entra con un cesto al hombro en el foro le da un golpe con el cesto en la cabeza.*)

CONDE.—¡Bruto! ¡Me hizo usted ver las estrellas! ¡Ay, qué dolor!

MOZO.—¡Perdone, no ha sido a posta! (*Vase lateral derecha.*)

MANUELA.—¿Le hizo mucho daño? ¿Quiere un poco de agua?

CONDE.—¡Voy corriendo a mi casa a ponerme un paño con árnica! ¡Son cafres! (*Vase foro.*)

RAMON.—¡Que cuando llegue a su casa se la encuentra ardiendo por los cuatro costados, es viejo!...

MANUELA.—¡Ay, madrecita de mi alma, ya nos lo echamos de encima!

RAMON.—¡Que no vuelva es necesario!

MANUELA.—¡No seas Curro Meloja, Ramoncito!

RAMON.—Ahora, a tomar el traspaso en seguida.

MANUELA.—¡Pero si no dió más que doce mil duros!

RAMON.—¡Calla; los tres que faltan los ponemos nosotros por el cuadro de la señora! ¡Calla!

MANUELA.—Entonces tomaré un *taxi* y voy en un vuelo, porque Torcuata Jaboncillo le anda haciendo también la rosca a doña Victorina. (*Se pone la mantilla.*)

RAMON.—Adiós, monada.

MANUELA.—Llama a la marquesita y dale la noticia. Adiós, hasta ahora mismo. (*Le envía un beso y hace mutis foro.*)

RAMON.—¡ Doña Alicia !¡ Doña Alicia!

ALICIA.—(*Sale lateral izquierda.*) ¿Qué sacaste por ellos?

RAMON.—Los quince mil duros.

ALICIA.—(*Con pena.*) ¿Con el retrato de mamá?

RAMON.—¡ Ese lo reservé para usted! ¡Ni lo nombramos siquiera!

ALICIA.—¡ Qué agradecida te estoy! ¡ Hubiera tenido una pena tan grande al perderlo!

RAMON.—¡ Por la Virgen Santísima no se me aflija, porque entonces no doy pie con bola!

ALICIA.—Son ráfagas que pasan pronto. ¡De verdad que nunca pensé que el conde fuera tan espléndido!

RAMON.—Con ese dinerito bien administrado podrá ir viviendo.

ALICIA.—Figúrate los dibujos que haré con lo último que me queda.

RAMON.—Ahora lo que tiene que procurar es que su marido no sepa dónde está, porque si la encuentra le come el comercio de sedas, como le comió todas sus fincas y su dote. ¡Mal caballero! ¡ Rufián!

ALICIA.—¡ Calla! ¡ No hables así!

RAMON.—¡ Pues si le caen las maldiciones que le llevo echado a él y a la mala mujer que lo acompaña, va bueno!

ALICIA.—¡ Cuando tomas carrerilla no hay quien te ataje!

RAMON.—Déjeme acabar, señora marquesa, porque si no reviento. ¡Pensar que una dama tan buena y tan hermosa tiene que esconderse de un mundo en el que debía de brillar por sus virtudes y por los escudos de sus antepasados!

ALICIA.—¡ Pero el presente, Ramón, sirve para engrandecernos por nuestros propios méritos!

RAMON.—¡ Qué cosa más triste es que haya hombres que hagan canalladas con una mujer de tanto valer como ésta!

ALICIA.—¡ No hablemos del pasado! Vamos a hablar del presente y del porvenir, que es lo que importa.

RAMON.—¿Ha pensado usted bien lo del traspaso?

ALICIA.—Bien pensado está: es un barrio que no pisé en mi vida y que no tienen idea de que yo existo en el mundo. ¡ La noble marquesa de San Clodio murió para la aristocracia! Es preferible que ignoren todos quién soy.

RAMON.—¡Ay, Dios mío, si la señora marquesa levantara la cabeza!

ALICIA.—Sonreiría con orgullo al ver que su hija quiere ganarse honradamente la vida. Mi madre era mujer de gran fortaleza de espíritu.

RAMON.—No puedo acostumbrarme, ¡vaya, no puedo!

ALICIA.—Piensa, Ramón, que esas pesetas, sin trabajar, se irían muy pronto.

RAMON.—¿Pero es que yo no sirvo para nada?

ALICIA.—Podía serte gravosa un mes, quizá dos..., pero de ahí no pasaría; de sobra me conoces.

RAMON.—¿Gravosa a mí?

ALICIA.—(*Jovial.*) Te ruego que no insistas. Despachar en la tienda me servirá de distracción. ¡Verás qué linda la voy a poner! Muchas lanas y cintas de colores. ¡Vender detrás de un mostrador debe de ser muy divertido!

RAMON.—¡No me diga esas cosas, que me parte el corazón en pedazos!

ALICIA.—¡Comprendo que será una vida muy distinta de la que disfruté hasta ahora! ¡Pero qué se le va a hacer! ¡Anda, galleguiño, alegra esa cara, porque no hay derecho a entristecerme a mí! (*Le coge la cara con las manos.*) ¡Cobarde, más que cobarde! ¡Te olvidas de cómo tenemos el alma las mujeres de mi raza! ¿No sabes que somos recias como robles y templadas como el acero?

RAMON.—Fuertes también somos los gallegos para el propio sufrir. ¡Pero débiles nos sentimos cuando vemos las penas de los seres queridos!

ALICIA.—Pues hay que dominarse, Ramón. ¡Te lo pido por mí! (*Desde lateral izquierda.*) ¡Susana! Tráeme la cesta de mi labor, que está sobre la cómoda. (*Sale SUSANA lateral izquierda con la cesta de la labor.*)

RAMON.—(*Suspirando.*) Pero ¿dónde estará metido ese Belisardo, que aún no cerró la tienda? ¡Belisardo! ¡Belisardo!

BELISARDO.—(*Sale lateral derecha.*) ¿Quién llama?

RAMON.—Ya es hora de cerrar la tienda. (*Belisardo se pone a cerrar la tienda. Sale MANUELA foro y habla bajo con Ramón.*) ¡Señora marquesa de San Clodio, es usted la propietaria de La Dalia Roja, mercería fundada en mil ochocientos treinta!

ALICIA.—(*Alegre.*) ¿Por fin conseguiste vencer a la anciana Victorina?

MANUELA.—Con la condición de que vivirá en compañía de usted. Yo accedí, porque me dolió verla llorar. Era arrancarle la vida sacarla de la casa donde había nacido. ¡Y es tan bellísima persona!

ALICIA.—Hiciste muy bien; me servirá de mucho su ayuda, porque voy completamente a ciegas.

RAMON.—¡Ama a su tienda como se ama a un hijo!

MANUELA.—Si no llega a estar tan vieja, a buena hora la traspasa.

SUSANA.—(*Alegre.*) Y está en un sitio la mar de animado: desde la puerta se ve la calle de Toledo y la plaza de la Cebada. No hay nada en el mundo como los barrios de mi alma, señora marquesa.

ALICIA.—¿Qué es eso de marquesa, charlatana? Yo dejé de ser lo que era para convertirme en la señorita Mari Carmen Brujadas.

MANUELA.—¿La sobrina que se murió en Segovia hace dos años?

ALICIA.—¡La misma! Soy una pobre huérfana a quien su tía Manolita quiere proteger colocándola en un comercio de sedas, del cual es dueña absoluta. ¿Entendido?

SUSANA.—¡Ni una palabra más!

ALICIA.—Tú eres dependienta de la tienda de Manolita Brujadas.

SUSANA.—Seré lo que usted mande.

ALICIA.—Y ni por nada ni por nadie se sale de ahí. El pasado murió por completo. Vamos cara al porvenir valientemente.

MANUELA.—¡Por mí no tema!

BELISARDO.—Ni por un servidor tampoco.

RAMON.—¡Yo juro por mis difuntos que seré una tumba!

ALICIA.—Entonces no hablemos más sobre esto. ¿Hoy es viernes? Pues el lunes próximo entrará la señorita Mari Carmen a regentar La Dalia Roja.

MANUELA.—(*Coge su cesto.*) ¡Voy a repasar los damascos!

ALICIA.—(*A Susana, que la mira con pena.*) ¡Por la Virgen de la Paloma, no me pongas esa cara de mártir, chulita! ¡Qué poca alma tenéis para todo! ¡Anda, Ramón, ponte contento, que voy a tocar una cosa de tu tierra que te gusta mucho!

RAMON.—¡Y que la toca usted como los serafines!

ALICIA.—(*Sonriendo.*) Apéame el tratamiento, haz el favor.

RAMON.—¡Yo dueño y vos servidora! Señora marquesa, eso va a ser superior a mis fuerzas.

ALICIA.—(*Firme y dulcemente.*) ¡Quiero que así sea y así será! (*Manolita se sienta a coser.*)

RAMON.—(*Humilde.*) La canción que vas a tocar también la to-

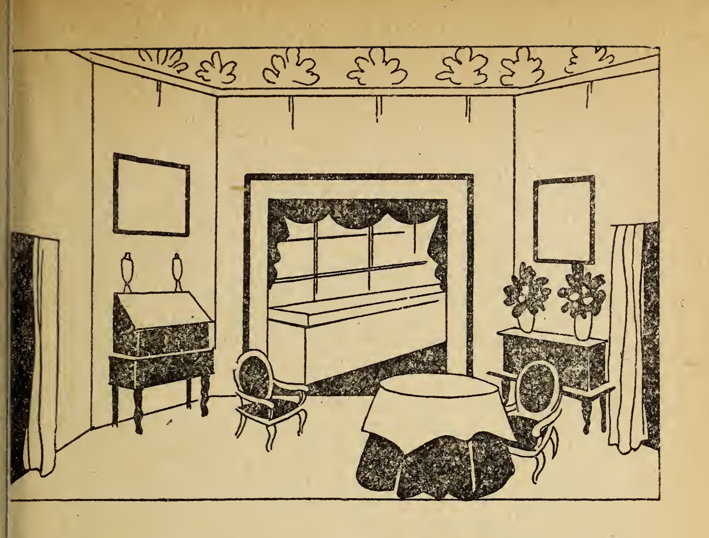
caba tu madre. (*Alicia toca el piano dulcemente. Ramón, con disimulo, se limpia una lágrima. Belisardo escucha embobado, y Susana, llorando silenciosamente, mira con honda pena a su señora. Alicia sigue tocando.*) ¡Protégela, Señor!

TELON MUY LENTO.

NOTA.—Si la actriz sabe cantar, puede cantar la primera parte de la canción gallega "Lonxe d'a terriña", balada gallega, música de Juan Montes.



ACTO SEGUNDO



Trastienda de La Dalia Roja. En el foro, puerta desde donde se ve la mercería. En la lateral derecha, puerta por donde entran los que vienen de la calle. En lateral izquierda, otra puerta para las habitaciones interiores. Repartidos por la escena, una consola con una Virgen y floreros, mesa escritorio, camilla en el centro. Si es posible, los muebles deben de ser isabelinos, y los cuadros, también de aquella época. Es una simpática salita del siglo pasado, muy aseada y muy alegre. Encima de algunas sillas hay cajas de cartón.

(Al levantarse el telón están hablando RAMON y DOÑA VICTORINA. Sobre la camilla se ve un gran libro de caja y uno de esos grandes de novela por entregas.)

RAMON.—Pero vamos a ver, doña Victorina de mis pecados, ¿qué ve usted en Mari Carmen para que la tenga tan preocupada? ¿No es una muchacha buena y honesta? ¡Hable con franqueza!

DOÑA VICTORINA.—Mari Carmen es un ángel, en eso estamos de acuerdo; pero hay en ella algo que dice: Yo soy un ser superior; yo estoy por encima de cuantos me rodean.

RAMON.—¡No sea visionaria! Mi sobrina es una joven sencilla, y usted, con su afán de convertir la vida en esos novelones que

devora a diario, la convirtió en una princesa encantada. ¡Baje a la realidad y no fantasee, doña Victorina, no fantasee!

DOÑA VICTORINA.—(*Mueve incrédula la cabeza.*) Quizá dió el salto atrás y alguno de sus abuelos fuera noble. En épocas antiguas los señores de horca y cuchillo tenían ciertos privilegios sobre las aldeanas y... ¿Ha leído usté la *Esposa virgen o El vizconde de los siete picos?*

RAMON.—¡No puedo perder mi tiempo en esas memeces, doña Victorina!

MARIA.—(*Sale foro.*) ¿Cómo encontraste mis papelotes, querido tío?

RAMON.—¡Admirable, sobrina! Eres una gran tenedora de libros.

MARIA.—¿De verdad? ¿No me engañas para ponerme contenta?

RAMON.—No hay ni una tachadura. ni un borrón.

MARIA.—¡Qué alegría me da oírte decir eso!

DOÑA VICTORINA.—Es pasmoso cómo aprendió en menos de un año todo lo relativo al comercio.

MARIA.—¡Es que mi maestra vale mucho!

DOÑA VICTORINA.—¡Si la discípula no ayudara!...

MARIA.—(*A Ramón.*) ¿Vendrá luego tía Manolita?

RAMON.—En cuanto cierre la tienda aquí la tienes. ¡Hoy es un gran día para nosotros! Vendemos a la Pradobello el manto de corte de la Emperatriz de Rusia y el abanico de la Pompadour. A las siete estoy citado en su palacio.

MARIA.—Seguramente se lo regalará a su hija como presente de boda.

DOÑA VICTORINA.—¡Hoy ingresarán en caja muchos miles de pesetas!

MARIA.—Tío Ramón es una hormiguita muy aprovechada.

DOÑA VICTORINA.—Gallego legítimo.

RAMON.—¿Sabes que hay un aviso de diez paquetes de seda fulgurante para bordar, marca "El Dragón"?

MARIA.—Falta hacían, porque no queda ni una madeja en la tienda.

(*Por lateral derecha sale SUSANA muy asustada; lleva el vestido sucio y lleno de barro.*)

SUSANA.—(*Dejándose caer en una butaca.*) ¡Ay, San Cayetano bendito, qué susto más grande!

MARIA.—¿Pero qué te pasa? ¡Habla, por caridad!

RAMON.—¿Qué te ocurrió, chulita?

DOÑA VICTORINA.—¡Algún piropo subido de color! Los hombres, en mis tiempos, eran más galantes...

SUSANA.—¡Mira tú si por un piropo más o menos verde me iba

a poner yo así! Eso con una bofetada de las de cuello vuelto está arreglao... ¡Ha sido que por poco me mata un *auto* en la Puerta del Sol! ¡Maldita sea su estampa!

MARIA.—¡Qué horror!

SUSANA.—Cuando me tiró en tierra, me dije: ¡Se acabó el carbón, Susana; encomienda tu alma, porque ha llegao tu última hora! Y empecé a rezar el Señor mío Jesucristo muy de prisa y a recordar mis pecados...

DOÑA VICTORINA.—¿En tan poco tiempo has hecho todo eso?

SUSANA.—¡En esos momentos el pensamiento va a trescientos por hora, doña Victorina!

MARIA.—¿Pero te hicieron daño?

SUSANA.—El susto na más y la vergüenza de verme tendida en el suelo con las bragas al aire... Todos me palpaban a un tiempo y decían: "A la clínica de urgencia. ¡Llevarla a la Casa de Socorro!" "¡Canastos, soltarme y basta ya de manipulaciones! ¡Nos ha fastidiao estos caritativos transeuntes con su masaje corporal! Y dichas estas palabras, me puse un zapato, que se me había caído, y emprendí el camino por la calle Mayor con más orgullo que don Rodrigo en la horca, por fuera, y más corrida que una mona por dentro.

DOÑA VICTORINA.—Darle un poco de agua de azahar.

SUSANA.—Déjeme usté de potingues, doña Victorina, que lo que necesito es encontrarme a solas con el pasmao del chofero para decirle dos palabritas cariñosas a la oreja, a la usanza de los caballeros rusticanos.

MARIA.—Si ya te tranquilizaste ves a ayudar a la Nati, porque está la tienda llena de parroquianas.

SUSANA.—No se apure, que entre las dos las despachamos al paso de las balas. ¡Y el chofero es el Melindres! ¡Ay, su madre, en cuanto lo coja! (*Vase foro.*)

DOÑA VICTORINA.—Son muy aturdidas. Yo, estas máquinas infernales las odio. ¡A mí darme una carretela con un buen tronco de caballos!

RAMON.—Son más seguras las mulas, doña Victorina.

NATI.—(*Sale foro; es madrileña.*) Señorita Mari Carmen: haga el favor de decirme en cuánto puedo dejarle esta pieza de cinta al latazo de doña Barbarita.

MARIA.—Si bajas un céntimo de ocho pesetas perdemos dinero.

DOÑA VICTORINA.—Pídele diez, ¿sabes?, y después lo dejas en lo justo.

NATI.—¡Pues no he de saber! ¡Para dar coba fina a la parroquia me pinto sola!

RAMON.—¡Es muy espabilada esta chiquilla! ¡Mucho!

NATI.—Se hace lo que se puede, señor Carballeira, y como la voluntad es muy grande...

DOÑA VICTORINA.—En estos barrios están las mujeres acostumbradas al regateo, y no hay más remedio que pasar por el aro.

RAMON.—¡Quisiera que viera usted en mi negocio a las grandes señoras!

MARIA.—(*Sonríe.*) Es que las grandes señoras son muy fastidiosas.

RAMON.—¡Alto ahí, sobrina, que yo no he dicho tanto!

MARIA.—(*Risueña.*) No te sofoques, tío Ramón, que yo no se lo voy a decir a ellas. (*Se sienta a escribir.*)

SUSANA.—(*Desde foro.*) Pero, niña, por tu entrometida agüela, no te embobes, que yo no puedo despachar a todas, y está doña Bárbara, la electricista, que echa chispas porque te la dejaste plantada con el muestrario de las cintas.

NATI.—¡Ay, hija, dile que no sea tan eléctrica y que tenga paciencia!

SUSANA.—¡Por mí ya puede petrificarse delante del mostrador!

RAMON.—¡No te enfades, chulita!

SUSANA.—Es que hay cada parroquiana que tiene una que oler el frasco de sales pa no desmayarse. (*Vase.*)

NATI.—¡Vamos a contentar a doña Barbarita y a darle la cinta pa que se ahorque con ella! ¡Ay, qué vida! (*Vase foro.*)

MARIA.—No quedan lanas del Lagarto.

RAMON.—¿Escribistes a la casa Pucholet, de Cataluña?

MARIA.—Tres cartas y un telegrama.

RAMON.—¿El viajante de ese ramo no es Sisenando Centollas?

DOÑA VICTORINA.—El mismo. Un catalán honradísimo.

MARIA.—Muy pesadito el pobre, pero es el que trae los muestrarios más bonitos y el que sirve más pronto los pedidos.

DOÑA VICTORINA.—(*Ríe picaresca.*) ¡Está loco por ti!

MARIA.—¡Usted ve enamorados en todas partes! ¡Es ya una obsesión, doña Victorina!

DOÑA VICTORINA.—¡Tengo yo muy buen ojo para eso! Ya verás cómo cualquier día se te declara.

MARIA.—No creo que Centollas se atreva a tanto.

RAMON.—¡Qué disparate! ¡Sería absurdo!

DOÑA VICTORINA.—Lo que sería absurdo es no enamorarse de su sobrina después de tratarla.

RAMON.—¡Atreverse ese estúpido a poner los ojos en... María Carmen! ¡Imbécil!

MARIA.—¡Cuándo me dejarán tranquila!

DOÑA VICTORINA.—Cuando dejes de ser tan bonita. ¡Trae revuelto al barrio!

MARIA.—¡A callar! ¿Cómo anda el pícaro dolor de piernas? ¿Más aliviado, verdad?

DOÑA VICTORINA.—No, hijita, no; casi no me puedo mover.

RAMON.—Dígaselo al doctor Montilla. Hay ahora unos específicos estupendos.

DOÑA VICTORINA.—Hoy mismo vendrá el doctor a verme. ¡Otro enamorado de Mari Carmen! ¡Está loco por ella!

MARIA.—¡Si supiera lo que me molesta diciéndome eso!

DOÑA VICTORINA.—¡Pero, vamos, que a Rafaelito Montilla no lo vais a despreciar como a Sisenando Centollas! ¡Ese no tiene pero!

RAMON.—¡En mi vida vi mujer tan casamentera!

DOÑA VICTORINA.—Sí, señor, lo soy, porque las muchachas que reúnen las condiciones de Mari Carmen deben de casarse.

RAMON.—¡No, si cuando quiere colocar el disco, lo apura hasta la última nota!

MARIA.—(*Con pena.*) ¡Déjala, tío!

RAMON.—(*Mira su reloj.*) ¡Caramba, cómo pasa el tiempo! Tengo sólo unos minutos para llegar a la Castellana. (*Coge la maletita.*)

MARIA.—¡Buena suerte!

RAMON.—Díganle a Manolita que volveré por ella. Hasta luego... (*Vase Ramón lateral derecha.*)

DOÑA VICTORINA.—¡Voy a decirle a la Nati que vaya a llamar a Rafael para que venga esta misma tarde! (*Guiña un ojo.*)

MARIA.—Doña Victorina, que está usted equivocada y le ruego que no insista sobre ese punto.

DOÑA VICTORINA.—¿Me enseñarás tú a mí a leer en el corazón de las mujeres? Yo también he sido mocita y tuve amores y pretendientes. ¡El que fué cocinero antes que fraile!... (*Vase foro apoyada en su bastón.*)

MARIA.—(*Se queda pensativa.*) ¡Si se pudiera borrar el pasado! ¡Qué felicidad más grande!

SISENANDO.—(*Desde lateral derecha. Es catalán.*) ¿Da usted su permiso, señorita Mari Carmen?

MARIA.—Adelante, Sisenando.

SISENANDO.—¿Soy inoportuno, verdat?

MARIA.—Todo lo contrario; no tenemos ni un botón ni un entredós de fantasía. Ande, enséñeme las muestras para elegir.

SISENANDO.—(*Abriendo el muestrario.*) Traigo verdaderas preciosidades en el ramo de mercería. Fíjese en este galón combinado con *sutach* y plata.

MARIA.—Un poco llamativo, pero no está mal.

SISENANDO.—¡Es elegantísimo! Pues y éste para los vestido de crepé *chorchet,* de la casa Chuflé de París. Ri de la Pe, catre ven diz.

MARIA.—(*Sonriendo.*) ¡Muy lindo, pero no lo quiero!

SISENANDO.—Tengo la exclusiva para toda España.

MARIA.—Le felicito. Apunte de éste, y de éste, y de éste.

SISENANDO.—¿Tres docenas de piezas, cuatro docenas? ¿Seis docenas?

MARIA.—¡Por Dios, Sisenando! Con media docena de cada dibujo tengo bastante. Ahora, los botones.

SISENANDO.—(*Abre el otro muestrario.*) En el muestrario botonil hay para perder el gusto (aunque éste sea tan exquisito como el de usted). Veamos el de la casa Puchadas y Compañía. Fíjese en estos de guerrera de cosaco para chalecos de fantasía de señora, y en los de bolitas de frambuesa, y en los de pepitas de chirimoya para trajes de *sport*... Y en estos refulgentes para los de suaré... ¿Son macos, veritat?

MARIA.—Son preciosos, pero en barrios bajos no tienen salida.

SISENANDO.—Tiene usted razón. Entonces pondremos de estos más sencillos de coco y ceruloide. ¿Cuántas docenas?

MARIA.—Doce de cada modelo.

SISENANDO.—(*Apuntando en su libreta.*) Perfectamente. Y ahora que nuestro negocio comercial está terminado le ruego que me conceda unos minutos de atención para tratar sobre algo muy sublime y trascendental.

MARIA.—(*Poniéndose en pie.*) Perdóneme, Sisenando, pero no puedo escucharlo, porque espero visita.

SISENANDO.—¿Va usted a desairar un modesto trabajito hijo de mi pobre musa? ¡Sería cruel!

MARIA.—No sabía que era usted poeta.

SISENANDO.—En mis vigilias brota de vez en cuando la aspiración y el prosaico viajante de comercio se convierte en un humilde avate para cantar las perfecciones de su amada. ¡Perdone mi sencillez al expresarme!

MARIA.—Le perdono, y deme esos versos, que leeré más tarde.

SISENANDO.—(*Le da los versos.*) Ahora permítame que le diga dos palabras.

MARIA.—Vuelvo a suplicarle que sea breve.

SISENANDO.—Lo mismo que de la cascada brotan las cristalinas aguas, así va a brotar de mi pecho una declaración de la cual depende la felicidad de mi vida. ¡Señorita de Brujadas, yo estoy

perdidamente enamorado de usted! ¿Quiére usted concederme el honor de ser mi esposa?

MARIA.—Amigo Sisenando, para broma ya ha habido bastante.

SISENANDO.—¡Qué es eso de broma! Le hablo a usted con la formalidad de un notario, ¡caray!

MARIA.—Pues yo le suplico con la seriedad de un juez que olvide para siempre la escena pasada.

SISENANDO.—Con eso quiere decirme que debo de perder toda esperanza.

MARIA.—¡Toda en absoluto!

SISENANDO.—¡Adiós mis más risueñas ilusiones! ¡Adiós mis amorosos pensamientos! ¡Adiós!...

MARIA.—Adiós, Sisenando, adiós. (*Le empuja dulcemente.*)

SISENANDO.—No interrumpa usted nunca a un hombre cuando le esté diciendo cosas bellas, noya. A un grillo canta y se le escucha.

MARIA.—Porque los grillos no dicen tonterías. Ande, váyase, que tengo trabajo.

SISENANDO.—¡Adiós, ingrata!

MARIA.—(*Riendo.*) ¡Es usted muy famoso! ¡Señor viajante, que se deja usted olvidados los muestrarios! Ya lo sabe, la próxima semana quiero el pedido en La Dalia Roja.

SISENANDO.—Para esa fecha Sisenando Centollas habrá partido muy lejos para olvidar a una dona sin corazón. (*Vase lateral derecha.*)

MARIA.—¡Pobre hombre! (*Lee los versos.*) Antes del mar se agotarán las olas—y dejará el sol brillante de lucir...—Antes el río torcerá su cauce—que olvidarme de ti... ¿Dónde he leído yo esto?

JUAN.—(*Sale lateral derecha. Es andaluz y de tipo muy simpático.*) Buenas tardes, Mari Carmen.

MARIA.—Muy buenas, don Juan Gonzalo.

JUAN.—¿No vino mi Rafaelito?

MARIA.—No, señor.

JUAN.—Pues me dijo que aquí estaría a las siete para visitar a doña Victorina.

MARIA.—Entonces no tardará. Siéntese, haga el favor.

JUAN.—(*Sentándose.*) Necesito verlo porque me acaba de telefonear su amigo Currito Medina que esta tarde se marcha a Biarritz en el coche que ha comprado, y quiere que lo veamos nosotros. ¡Vanidades de la juventud!

MARIA.—Muy naturales.

JUAN.—Por eso las respeto... (*Calla.*)

MARIA.—Me han dicho que la finca que tiene usted en Andalucía es una preciosidad.

JUAN.—¡Una maravilla! Hay toda clase de flores en sus jardines y un patio andaluz que cuando lo ven los extranjeros se quedan bobos. ¡Para ir a pasar la luna de miel una pareja de recién casados, el cortijo de los Rosales es un paraíso! ¿Cómo andamos de novio, Mari Carmen?

MARIA.—¡Quién piensa en esas cosas!

JUAN.—No será porque le falten pretendientes.

MARIA.—No me fijo en ellos.

JUAN.—Pues hace muy mal en ser tan desdeñosa. Claro está que usted merece mucho; pero yo conozco a uno que mucho merece también.

MARIA.—¡Quién lo duda!

JUAN.—¡Usted!

MARIA.—¡Por Dios, don Juan Gonzalo!

JUAN.—Demasiado sabe que es verdad, porque lo hincha a desaires.

MARIA.—¡Valiendo tonto, puede fijarse en otra que valga más que yo!

JUAN.—¡Quite allá! Cuando los hombres como él se enamoran, ciegan ante las perfecciones de las otras mujeres. Ande, no sea arisca, piense que mi Rafael es muy buenísimo.

MARIA.—¡Le ruego que no sigamos hablando sobre esto!

JUAN.—Ya sé que está muy feo el papelito que estoy haciendo, y que si él lo supiera se llevaría un disgusto muy grande. Pero si pudiera ver lo que yo sufro al oírlo suspirar días y días por no conseguir de usted ni una mirada de cariño, ni una palabra de esperanza... ¡Siempre impasible y fría!

MARIA.—No puede ser de otra manera, porque delante de mí hay una valla que no es posible franquear.

JUAN.—Las vallas se saltan cuando vence el amor.

MARIA.—No todas.

JUAN.—(*Con ansia.*) ¿Ama a otro hombre?

MARIA.—Le juro que no, y le suplico que no me pregunte más sobre este asunto.

JUAN.—(*Contento.*) Guarde su secreto, que no quiero saber, porque lo único que me interesa es que su corazón esté libre.

MARIA.—¡No aliente esperanzas irrealizables, don Juan Gonzalo!

JUAN.—¿Pero por qué no he de alentar si me jura que no ama a otro?

MARIA.—Porque yo no siento por Rafael más que una buena amistad.

JUAN.—¡Pues con eso hay bastante para los principios! Ya le irá él conquistando poquito a poco y hará que se apodere el amor de su alma sin sentir... ¡Si supiera lo gitano que es! Se ríe porque soy muy ponderativo, ¿verdad?

MARIA.—¡Es usted su padre!

JUAN.—¿Me promete darle una mijita de esperanza cuando venga esta tarde? ¡Ande, responda!

MARIA.—Yo no puedo prometer lo que no voy a cumplir.

JUAN.—¡Es una estatua de mármol! ¡No le conmueve nada!

MARIA.—¡Se engaña usted al juzgarme así!

JUAN.—¡No se me enfade, por su salud!

MARIA.—¡Si no me enfado!

JUAN.—¡Sea compasiva, Mari Carmen! Mire que va a enfermar, porque la pasión que siente por usted le llega muy hondo. ¿Llora? ¡Bendita sea! Las lágrimas que vierten las mujeres cuando se habla de amor salen del alma. ¿No piensa lo mismo?

MARIA.—¡Sí, señor!

JUAN.—Diga la verdad. ¿No le impresiona verlo tan enamorado y que por miedo a enojarla no le dice ni una palabra?

MARIA.—¡Si él supiera lo que le agradezco su silencio!

JUAN.—(*Desanimado.*) ¡Veo que nada conseguiré! ¡Pero no olvide que el mal de amores es muy malo!

MARIA.—¡Qué lo voy a olvidar!

JUAN.—¡De lo que hemos hablado ni una palabra a nadie!

MARIA.—Estese tranquilo. El paso que usted acaba de dar es muy humano y sólo respeto inspira.

JUAN.—(*Le coge con fraternal cariño la cabeza entre las dos manos y la mira fijamente a los ojos.*) Sí, en esos ojos asoma la nobleza de tu alma y el fuego que quieres encubrir con aparente frialdad. ¡Eres tú muy mujer para despreciar a un hombre tan cabal y tan hombre!

RAFAEL.—(*Sale lateral derecha.*) Hola, padre. ¿Cómo está usted, Mari Carmen? (*Saluda.*) ¿Qué le pasa a doña Victorina?

MARIA.—¡Sus eternos dolores!

RAFAEL.—Suponiéndolo así, le traigo un calmante muy eficaz.

MARIA.—La pobre sufre mucho.

JUAN.—¡Es muy buena mujer, muy servicial!

MARIA.—(*Ríe.*) ¡Con su manía de casar a todo el mundo, se convirtió en el San Antonio de las muchachas del barrio! ¡Todas le piden novio!

JUAN.—¡Y las casará, como casó a sus abuelas y a sus madres!

¡Es muy graciosa! Rafaelito, en el *hall* del Palas te espero para despedir a Curro. Mari Carmen, lo dicho. ¡Usted ya me entiende, niña! (*Vase lateral derecha.*)

MARIA.—(*Desde foro.*) ¡Susana!, dile a la señora que está el doctor esperándola. Podía usted haberle mandado el calmante por Nati, y así no se hubiera molestado. ¡La enfermedad de doña Victorina es tan conocida!

VICTORINA.—(*Sale foro.*) ¡Lo que te agradezco que hayas venido! ¿Qué me traes en ese paquete? ¿Una medicina, verdad?

RAFAEL.—De la que usted va a tomar una cucharada cada dos horas.

VICTORINA.—¿Tú crees que se me aliviarán estos pícaros dolores con ella?

RAFAEL.—Si la toma con fe, es seguro. ¡La fe obra milagros!

VICTORINA.—Por eso no quedará, y ahora mismo voy a tomar la primera cucharada, y de paso le diré a la chica que os lleve a tu casa un flan que me salió mu rico.

RAFAEL.—¡Con lo goloso que yo soy!

VICTORINA.—¡Pensando en ti lo hice!

RAFAEL.—Gracias por su recuerdo, doña Victorina.

VICTORINA.—¡Eso no vale nada! Otras cosas me preocupan más, y te juro que no he de parar hasta verlas realizadas. ¡No me hagas señas, nenita, porque mi vicio de casamentera no me lo quitas tú ni nadie! Y hasta que le echen las bendiciones a Rafaelito no he de parar.

RAFAEL.—(*Riendo.*) Usted manda y yo, encantado, obedezco. ¿Es guapa la elegida?

VICTORINA.—Linda como una rosa y buena como los angelitos del cielo.

RAFAEL.—¡Una perla!

VICTORINA.—¡De purísimo oriente! ¿Quieres saber el nombre?

MARIA.—(*Le interrumpe.*) ¡Doña Victorina, por Dios, la cucharada!

VICTORINA.—¡Hablando de estas cosas se me olvida todo! (*Aparte.*) ¡Ya le preparé el terreno, ahora que se espabile y que le cante con gracia la copla! (*Vase lateral izquierda.*)

RAFAEL.—¡Qué viejecita más simpática!

MARIA.—¡A veces desvaría un poco!

RAFAEL.—Pues yo encuentro que habla muy cuerdamente. (*Callan un poco.*) Hace usted una vida muy retirada, no se la ve en ningún sitio.

MARIA.—Soy muy poco amiga de diversiones. Leo mucho, y, además, el trabajo también distrae.

RAFAEL.—Es usted muy joven para no cifrar su vida más que en esas dos cosas...

MARIA.—¿Y usted se divierte?

RAFAEL.—Nada absolutamente, y ahora ni leer puedo, porque mi pensamiento está muy lejos del libro que tengo en la mano.

MARIA.—Pues también trabaja usted muchísimo: la visita, la clínica, el hospital... Todas las mañanas lo veo pasar por mi calle muy temprano.

RAFAEL.—Voy a San Carlos.

MARIA.—Pasa usted precisamente a la hora que yo arreglo mis macetas.

RAFAEL.—No hay en todo Madrid un balcón más bonito que el suyo.

MARIA.—¡Como buen andaluz, admira las flores!

RAFAEL.—Me gustan con delirio, y si usted me lo permite, le voy a mandar unos claveles reventones preciosos.

MARIA.—No, Rafael, no; se lo suplico.

RAFAEL.—Regalar dulces y flores no es ofensa. Quiero que al cuidarlos se acuerde usted de mí. Y no sé por qué me hago la ilusión de que van a salir más lindos que los otros. ¿Me promete no enfadarse cuando mañana se los traigan?

MARIA.—(*Suplicante.*) ¿Y si yo le rogara que no me envíe esos claveles ni que pase más por mi calle a esas horas?

RAFAEL.—¡Usted no es feliz, Mari Carmen! Usted tiene en su alma una pena muy honda. ¡No trate de negarlo! ¡Y yo no quiero que sufra sola!

MARIA.—(*Débilmente.*) Le aseguro que no tengo pesar ninguno.

RAFAEL.—No me mire como a un enamorado. Míreme como a un hermano y cuénteme sin temor su secreto, para que la consuele. Sufrir solo debe ser muy triste.

MARIA.—¡Muy amargo, Rafael! ¡Da una amargura tan grande, que hay veces que el alma agoniza y parece que se va a romper en pedazos!

RAFAEL.—¡No me oculte nada! Sea lo que sea, dígalo sin temor.

MARIA.—¿Me promete obedecerme después de saber lo que me sucede?

RAFAEL.—¡Se lo prometo!

MARIA.—Una de mis mayores penas es usted...

RAFAEL.—¿Yo?...

MARIA.—Sí, usted, con ese amor callado y rendido que me ofrenda a todas horas. Creen que no me fijo en lo que pasa a mi alrededor, y no pierdo detalle de nada. En la iglesia me mira con el alma puesta en los ojos. Desde la tienda lo veo pasar por mi calle

varias veces al día sin tener por qué... Las indirectas de unos y de otros dándome a entender que soy una mujer desdeñosa, sin pizca de corazón. ¡Y así llevamos cerca de un año, Rafael!

RAFAEL.—Si tanta pena le causo me retiraré. Y bien sabe Dios que nada de lo que usted me echa en cara fué hecho con intención de molestarla. ¡Perdóneme!

MARIA.—¡Perdonado está!

RAFAEL.—(*Muy cerca.*) Usted trata de engañarse a sí misma. Usted también me quiere, Mari Carmen; pero hay un secreto en su vida que le impide dar suelta a lo que guarda en su corazón. ¡Júreme que estoy engañado si tiene valor para ello! ¡Ande, júremelo usted!

MARIA.—¡No sé jurar en falso, y a su pregunta sólo le contestaré: Yo no puedo ser suya, Rafael!

RAFAEL.—¡Pero dígame de una vez por qué! ¡Mire que me voy a volver loco!

MARIA.—¡Porque soy casada!

RAFAEL.—(*Con ansia.*) ¿Y su marido?

MARIA.—¡Se marchó con otra mujer! Ya sabe mi secreto; ya sabe por qué rechazo su cariño.

RAFAEL.—(*Con honda pena.*) ¡Casada! ¡Casada!

MARIA.—¡Por mi desgracia!

RAFAEL.—(*Radiante.*) ¡Pero la nueva ley, con los motivos que tiene, le da derecho a divorciarse y a casarse con otro!

MARIA.—A divorciarme, sí; pero a casarme con otro viviendo mi primer marido, no, porque mis creencias no me lo permiten. Pensé encontrar la paz en este barrio desconocido dedicándome al trabajo, y al aparecer usted mi vida se convirtió en horrible tormento.

RAFAEL.—¡De otro! Y yo que sólo ansiaba hacerla mía para siempre, porque una voz interior me decía que llegaría a quererme al ver tanto amor y tanta constancia. ¡Trabajaba pensando en usted! Soñaba con llenarla de lujo y en adorarla con pasión. ¡Y todas estas ilusiones se convierten en humo porque me dice que hay otro hombre que tiene ante Dios un derecho que nadie puede disputarle!

MARIA.—Pues ahora tiene que pensar que mi deber está por encima de todo, y que después de saber lo que sabe tenemos que separarnos.

RAFAEL.—¡Queriéndome usted, imposible!

MARIA.—No olvide su promesa, y de seguir obstinado en su idea me obligará a desaparecer de Madrid y a tener que abandonar mi pequeño negocio, con el que honradamente me gano la

vida. Es una fatalidad lo que nos sucede; pero hay que inclinarse ante lo irremediable, Rafael.

RAFAEL.—Entonces, ¿me prohibe verla y acercarme a usted?

MARIA.—¡Se lo prohibo!

RAFAEL.—¡Es usted fría de corazón!

MARIA.—Soy una mujer educada en la virtud y en la pureza de pensamientos. Y le pido por el cariño que me tiene que no me atormente más, Rafael...

RAFAEL.—¡Soy muy desgraciado! ¡Quise saber y ahora aún soy más desdichado que antes!

MARIA.—Más cruel sería que siguiera alimentando esperanzas.

RAFAEL.—¡La ilusión duró sólo unos segundos; pero fué tan intensa, que la viviré toda mi vida! ¡Adiós, Mari Carmen!

MARIA.—¡Deje que para todos siga siendo un secreto mi pasado!

RAFAEL.—¡Nadie conocerá la tristeza que llevo en el alma! ¡Se lo juro!

MARIA.—Gracias. (*Le tiende las dos manos y Rafael las coge con pasión.*)

RAFAEL.—¡Amor, amor mio, qué pena más grande tengo!

MARIA.—¡Váyase! ¡Que no puedo más! ¡Que me siento morir! (*Rafael la mira con honda pena y vase lateral derecha. María oculta la cabeza entre las manos y llora acongojada en el sillón durante un momento. Sale MANUELA lateral derecha.*)

MANUELA.—El va muy desesperado y ella llora. Estaban ya las nubes muy cargadas y el trueno estalló. ¡Era de esperar! (*Se acerca.*) ¿Qué le pasa, señora marquesa? ¿Por qué llora?

MARIA.—¡Ya sabemos lo que sentimos el uno por el otro!

MANUELA.—¡Que el asunto terminaba así era seguro!

MARIA.—(*Hablando sola.*) ¡Cómo me va a odiar ese padre al verlo tan triste!

MANUELA.—Subió al automóvil como un sonámbulo. "¿Está usted enfermo, don Rafaelito?", le pregunté. "Adiós, Manuela, me marcho de Madrid." "¿Se va muy lejos?" "Voy al extranjero y tardaré en volver." "Pero explíqueme la causa." ¡Que si quieres! ¡Ni veía ni escuchaba a nadie! Sonó la bocina y desapareció el coche.

MARIA.—(*Hablando sola.*) ¡Cómo me ama, cómo asomaba el amor a sus ojos!

MANUELA.—¡A ver si se muere!

MARIA.—¡Manuela, por Dios!

MANUELA.—Yo he visto casos. ¡Pocos, es cierto! Pero he visto algunos...

MARIA.—¡Calla, no me tortures más al alma! ¿Qué hubieras tú hecho en mi lugar? ¡Responde! ¿Ves? ¡Te callas porque no sabes qué decir!

MANUELA.—(*Acercándose.*) Lo que yo haría en su lugar es pedir el divorcio mañana mismo y casarme con don Rafael. ¡Así, clarito!

MARIA.—¿Pero es posible que siendo tú una mujer católica hables así? ¡Tú estás loca, Manuela! ¡No sabes lo que dices!

MANUELA.—¡El amor es lo más hermoso de este mundo, señorita Alicia, y ante él nos inclinamos todas! ¡Hasta Nuestro Señor Jesucristo perdonó a la Magdalena porque amó mucho!

MARIA.—El nunca puede amparar a la que le dió fortaleza. ¡A la que la enseñaron el camino de la verdad! ¡A ésa no la puede perdonar porque le da todas las armas para poderse defender, Manuela!

MANUELA.—¡Es inútil discutir con quien tanto sabe!

MARIA.—Porque es mal predicador el que predica contra lo que él hace.

MANUELA.—¡Gracias a que tengo esperanzas que este asunto se va a arreglar muy pronto!...

MARIA.—No sé cómo...

MANUELA.—(*Misteriosa.*) Escuche: Ayer fuí a ver a una echadora de cartas que vive en el Rastro...

MARIA.—¡Qué disparate creer esos absurdos!

MANUELA.—Cuentan de ella y no acaban.

MARIA.—(*Con curiosidad.*) Bueno, ¿y qué desatinos te dijo esa bruja?

MANUELA.—Me dió una cosa para que el marido de usted reviente como un triquitraque.

MARIA.—¡Qué horror! ¡Un veneno!

MANUELA.—¡No se asuste! La muerte que le preparo se comete moralmente nada más.

MARIA.—Entonces no te entiendo...

MANUELA.—Se trata de clavar todas las noches un alfiler de cabeza negra en un corazón de borrego que tengo enterrado en un tiesto de ruda y decir con fe estas palabras: "¡Que se te clave en el tuyo para que deje de latir por malo, por falso y por ruin! ¡Aleluya! ¡Aleluya!"

MARIA.—¡Jesús, qué atraso más grande!

MANUELA.—Y si después de este conjuro se reza fervorosamente la letanía, yo le garantizo que no tardará mucho en estar debajo de tierra el marqués consorcio San Clodio y usted en quedarse viuda.

MARIA.—¡Por la Virgen Santísima, Manuela, que estás cometiendo un horrible sacrilegio al mezclar lo profano con lo divino! ¡Me horrorizas contándome esas hechicerías!

MANUELA.—Pues hágase cuenta de que no se las conté, y no pase pena, porque el pecado es mío.

MARIA.—Prométeme en seguida que tirarás ese espantoso corazón de borrego!

MANUELA.—¡Lo prometo! (*Aparte.*) Prometer no es dar... (*Calla un momento.*) ¿En qué piensa?

MARIA.—¡Vuélveme a repetir lo que te dijo al subir al automóvil!

MANUELA.—Que se iba muy lejos y que tardará mucho en volver. ¡La verdad que es bien triste el estar cerca de la mujer amada y no poderla alcanzar nunca!

MARIA.—(*Acongojada.*) ¡Se fué para siempre! ¡Para siempre! ¡Qué espantosa soledad!

MANUELA.—¡Voy en un salto a su casa para enterarme si lo del viaje es verdad. (*Sale RAMON lateral derecha.*) Mira, Ramoncito, espérame un momento, que vuelvo en seguida.

MARIA.—¡No vaya a creer!...

MANUELA.—¡Como que soy tonta!...

RAMON.—Pero, mujer, escucha...

MANUELA.—No escucho nada. Luego me lo contarás todo. Saldré por la tienda. (*Vase foro.*)

RAMON.—¿Pero qué ha pasado aquí? ¿Dónde va Manolita tan de prisa?

MARIA.—¡Qué disgusto más grande tengo, Ramón!

SUSANA.—(*Sale muy alterada por lateral derecha.*) La señora marquesa no está. Se lo juro... por su salú. (*Sale ALVARO lateral derecha.*)

ALVARO.—¿Con que no está? ¡Embustera!

MARIA.—¡Alvaro!

RAMON.—(*Aparte.*) ¡Cataplum! ¡La bomba final!

ALVARO.—(*A Susana.*) Haz el favor de retirarte.

SUSANA.—¡Hoy no gana una pa sustos! ¡Zambomba con la visitita!

ALVARO.—(*Le tiende las dos manos.*) ¿No esperabas verme?

MARIA.—(*Sombría.*) ¿Quién te dió mis señas?

ALVARO.—¡La casualidad! Perdida ya la esperanza de encontrarte, vi a Susana cuando la tiró un automóvil en la Puerta del Sol... La seguí, indagué en la vecindad, y al hablarme de ella apareció clarísima tu figura detrás.

MARIA.—¡Y corriste a perturbar mi vida!

ALVARO.—¡No me recuerdes lo que me llena de vergüenza y de

pena! Pero te juro por mi honor que abandoné para siempre a la causante de nuestra desgracia.

MARIA.—No quiero explicaciones sobre eso. Desde que me abandonaste hay un abismo entre los dos.

ALVARO.—(*Suplicante.*) Yo te pido...

MARIA.—Te di cuanto tenía. ¿Qué más puedes pedir?

ALVARO.—Tu perdón.

RAMON.—(*Aparte.*) ¡Ponte en guardia, Ramón, que este punto va a hacer una comedia!

MARIA.—¡Estás perdonado!

ALVARO.—(*Suplicante.*) Si tan generosa eres, ¿por qué me negaste la mano al entrar?

MARIA.—Mira, Alvaro, no ahondemos asuntos desagradables. Dime, en resumen, lo que pretendes; habla con sinceridad, porque los rodeos, en nuestra situación, después de ser muy violentos, nos hacen perder el tiempo inútilmente.

ALVARO.—¡Colocada en esta tesitura, te desconozco!

MARIA.—Hubo un día en que creí en tus fingidos arrepentimientos. Pero tanto abusaste de ellos, que ahora te escucho con la mayor indiferencia.

ALVARO.—¡Estoy asombrado! No pareces la misma mujer.

MARIA.—Las penas nos hacen variar mucho.

RAMON.—(*Aparte.*) En cuanto llegue a casa le echo al gato el corazón de borrego. ¡Todas son mentiras!

ALVARO.—Está bien. Vine brindando la paz y se me declara la guerra. ¡Está bien!

MARIA.—Líbreme Dios de declarar la guerra a nadie! Sólo te pido que me dejes vivir tranquila en mi soledad y en mi pobreza.

ALVARO.—(*Irónico.*) ¡Vamos, lo que tú deseas es que me largue otra vez y que te libre de mi presencia!

MARIA.—Yo sólo quiero que me dejes en paz para ganarme un pedazo de pan, ya que tú me derrochaste el que me dejaron mis padres.

RAMON.—¡Bien poco exige después de tantísimo como le lleva dado!

ALVARO.—Le ruego a usted, Carballeira, que no se mezcle en asuntos que nada le interesan.

RAMON.—Siento que no seamos en esto de la misma opinión, don Alvarito.

MARIA.—¡Basta, por favor!

ALVARO.—Necesito hablar contigo a solas, Alicia.

MARIA.—Puedes decirme cuanto desees delante de Ramón, porque tengo en él absoluta confianza.

ALVARO.—Tú sí, pero yo no.

RAMON.—Pues después de lo dicho por la señora marquesa, de aquí no me muevo.

ALVARO.—(*Altivo.*) ¿Y si le ordeno que se retire inmediatamente?

RAMON.—Sigo sentado, porque en mi casa mando yo.

ALVARO.—¿Pero esta casa es de usted?

RAMON.—De mi esposa, que para el caso es lo mismo, don Alvarito. Hable, pues, sin rodeos, y dígale a la señora marquesa lo que trae embuchado sin pensar en que un servidor lo escucha. (¡Sola contigo me la iba a dejar! ¡Qué te crees tú eso!)

ALVARO.—(*Aparte.*) Siempre me fué antipático este gallego. (*Se acerca a María.*) ¡Ya que no hay remedio soportaremos su presencia! (*Se sienta.*) Alicia, yo vengo a ti como única tabla de salvación por última vez en mi vida. ¡Te lo juro por la sagrada memoria de mis padres!

RAMON.—(*Bajo.*) ¡Ya asoma la oreja!...

MARIA.—Bueno, en resumidas cuentas, ¿qué pretendes?

ALVARO.—¡Que me salves una vez más del conflicto en que estoy metido!

MARIA.—(*Irónica.*) ¿Es cuestión de dinero?

ALVARO.—Unos cuantos miles de pesetas. ¡Pocas! Estoy agobiado de deudas, y algunas pueden llevarme al deshonor y a la cárcel.

MARIA.—¿Pero qué quieres que yo haga si me vendiste con los poderes que te hice hasta la última finca?

ALVARO.—Tienes crédito comercial.

MARIA.—(*Sonríe.*) ¡Ah! ¡Vamos! ¡Comprendido!

ALVARO.—Te juro que te devolveré lo que me prestes antes de tres meses. Me proponen entrar en un estupendo negocio de automóviles que se está montando cerca de París. ¡Pero no puedo aceptar porque no tengo un céntimo para marcharme! ¡Me vuelve loco pensar que nuestro nombre se verá deshonrado! ¡Sálvame una vez más, Alicia! ¡Sálvame, por tu madre te lo pido!

MARIA.—(*Triste.*) ¡Tantas veces me dijiste lo mismo!...

ALVARO.—Esta vez es cierto. ¡Ahora no te engaño!

RAMON.—(*Interrumpiendo.*) ¿Pero de dónde va a sacar la señora marquesa dinero?

ALVARO.—Tiene un comercio muy acreditado, según me dijeron.

RAMON.—¿Quién fué el imbécil que le contó esa patraña? Vaya

al registro comercial y verá que La Dalia Roja es de mi mujer, que con sus buenos cuartos la compró.

ALVARO.—¿Y entonces, Alicia?

RAMON.—Es la encargada, con trescientas pesetas mensuales.

ALVARO.—(*Desilusionado.*) ¿Es decir, que todo es de ustedes?

RAMON.—Sí, señor, ¡todo!

ALVARO.—¡Pues, entonces, sea lo que Dios quiera! De Madrid no me muevo y al lado de mi mujer me instalo. (*Se sienta.*)

RAMON.—La señora marquesa puede pedir el divorcio.

ALVARO.—Está en su derecho; pero hasta que lo consiga con ella viviré.

RAMON.—¿Y esas deudas que lo pueden llevar a la cárcel?

ALVARO.—Cuando vea mi honor por tierra, ya veré lo que hago.

RAMON.—El que con tanta frecuencia lo nombra, me escama que en poco lo estima.

ALVARO.—(*Con desprecio.*) Es usted de muy baja condición para apreciar esas cosas.

RAMON.—Es cierto; muy humilde soy, pero no cambio mis sentimientos por los de algunos que nacieron en cama de oro.

MARIA.—(*Fría.*) ¿De suerte que estás decidido a instalarte en mi casa?

ALVARO.—(*Cínico.*) Hasta que la ley me eche de ella aquí viviré.

RAMON.—Don Alvaro se marchará, no lo dude.

ALVARO.—Está usted equivocado.

RAMON.—Usted se irá a Francia. (*Con ironía.*) Y aceptará ese estupendo negocio que le ofrecen... (*Saca un fajo de billetes de Banco del bolsillo.*) ¡Con estos miles de pesetas tiene suficiente para pagar las deudas que más le apremien y para emprender mañana mismo el viaje!

MARIA.—¡Ramón!

RAMON.—Usted a estarse calladita, que ahora dispongo yo.

ALVARO.—¡Yo no sé si debo aceptar!

RAMON.—(*Con ironía.*) Guárdelas sin ningún escrúpulo, que los amigos son para las ocasiones. Y como la señora marquesa no puede, yo me brindo gustoso a salvarlo.

ALVARO.—(*Las guarda.*) Quiero hacerle un recibo...

RAMON.—¡Para qué! ¡Fío en su palabra!

ALVARO.—¡Gracias, Carballeira, gracias!

RAMON.—¡No se las merece! (¡Mal rayo te parta, truhán!)

ALVARO.—(*Coge la mano de Alicia.*) ¡Te juro que voy a traba-

jar, a ser un hombre distinto para merecerte! ¿Y si vuelvo regenerado me abrirás de nuevo los brazos?

MARIA.—¡Si vuelves regenerado, cumpliré mi deber!

ALVARO.—¡Eres una santa! Carballeira, repito mi profundo agradecimiento.

RAMON.—¡Bueno, bueno! No me lo recuerde, que quiero olvidarlo como un mal sueño. (¡Ay mis pesetiñas!)

ALVARO.—(*Desde lateral derecha.*) Hasta siempre.

RAMON.—Hasta que no trabaje las ocho horas diarias no vuelva, que aquí no queremos vagos.

ALVARO.—Usted duda de mí, y voy a demostrarle pronto que está equivocado. ¡Adiós, Alicia, adiós! ¡No tardaré en volver! (*Vase.*)

RAMON.—¡Así descarrile el tren y te hagas papilla, sinvergüenza!

MARIA.—(*Con frialdad.*) ¡Es el mismo de siempre!

RAMON.—Lleva lastre para divertirse unos meses en París, y mientras tanto se tramita en seguida el divorcio.

MARIA.—¡Qué enorme sacrificio hiciste por mí!

RAMON.—Si no se las doy, se queda a vivir con usted, y como las cosas judiciales van a paso de carreta en España, teníamos Alvarito para rato.

MARIA.—(*Le aprieta la mano.*) ¡Tienes un gran corazón!

RAMON.—Ese perillán se llevó el manto de la emperatriz y el abanico de la Pompadour; pero si la deja tranquila, vayan en buena hora las quince mil pesetas, ¡ladrón!

MARIA.—(*Con desaliento.*) ¡Qué desgraciada soy! ¡Yo me quiero morir!

RAMON.—¿Y eso lo dice la mujer animosa que mira frente a frente las luchas de la vida?

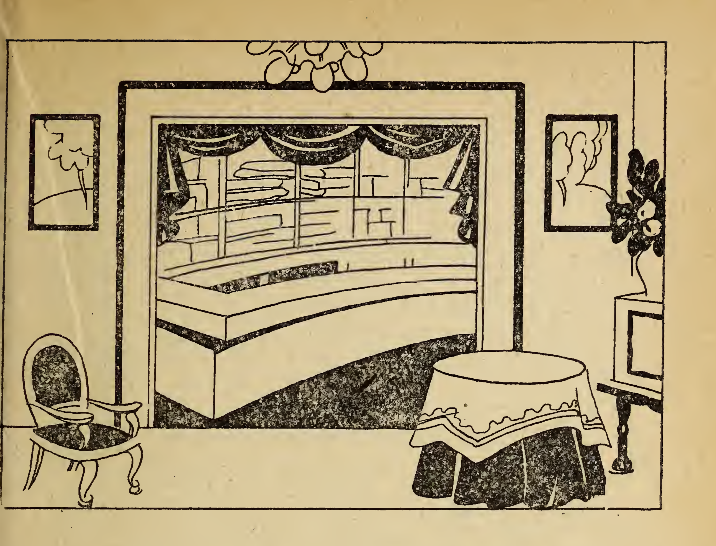
MARIA.—(*Con bravura.*) ¡No! ¡Seguiré con firmeza el camino trazado! ¡Adelante, Alicia de San Clodio! ¡Adelante con la cabeza alta y la confianza puesta en Dios!

RAMON.—(*Besándole la mano.*) ¡Así me gusta verla! ¡Así la quiero yo!

TELON.



ACTO TERCERO



La misma decoración que en el segundo.

(Al levantarse el telón están en escena VICTORINA y SISENANDO; éste va muy bien vestido.)

VICTORINA.—No sabes cuánto me alegra que haya entrado de rondón la felicidad por tu puerta.

SISENANDO.—Gracias, doña Victorina, gracias. Muchos de mis amigos se quedan pasmados al ver el gran salto que di.

VICTORINA.—Pues a mí ya no me pasma aunque os vea saltar desde un rascacielos, Sisenando.

SISENANDO.—Porque es una dona molt intelichen... Pero vamos a seguir de nuevo con mi asuntito... ¿Usted cree que la Mari Carmen me acogerá esta vez favorablemente cuando sepa lo que le vengo a ofrecer?

VICTORINA.—No sé... Es tan extraña...

SISENANDO.—¡Caramba, que ahora ya no soy el modesto viajante de las casas Puchadas y Compañía, de San Feliú de Guichols. El que hoy viene a pedirle su blanca manita es el muy ilustre Cento-

llas, diputado de la Esquerra. poseedor de siete enchufitos muy lucidos y consejero de tres Bancos! ¡Caray!, que lo que hoy le ofrezco no es un moco de pavo. ¿Veritat, yaya?

VICTORINA.—¡Qué va a ser! ¡A eso ya le puedes llamar tranquilamente una trompa de elefante, hijo mío!

SISENANDO.—Y esto encara es un grano de anís. La Mari Carmen será una gran señora, porque en la Generalitat me prometieron una carterita, ¿sabe?

VICTORINA.—La de Comercio, seguramente.

SISENANDO.—¡No! La de Comercio, no, porque de eso entiendo. Me creo que será la de Estado, porque al verme tan elegante se alegraron mucho por eso de Ginebra. ¿Comprende?

VICTORINA.—Ya veo que vas hceho un figurín.

SISENANDO.—¿Lo dise por los botinitos, verdad? Es que éstos y el frac son prendas de reglamento. ¿No nos ve retratados en la prensa, yaya?

VICTORINA.—Sois talmente émulos de Tamames...

SISENANDO.—¡Motes, no, por la mare de Deu!, porque si se enteran los periodistas que nos hacen la contra tenemos encima el motecito para toda la vida. ¡Motes, no! ¡Por caritat, dona!

VICTORINA.—Retiro la comparación.

SISENANDO.—¡Grasias! Y ahora, reasumiendo, como dise Maciá. Usted queda encargada de prepararme a la Mari Carmen, porque yo me amoíno molt en su presencia. Le expone el asuntito tal y como le he dicho y ¡vamos a ver qué pasa!

VICTORINA.—Me da el corazón que nada conseguiremos...

SISENANDO.—¡No sea pesimista, yaya, que yo estimo molt a esa noya!...

(*Salen por lateral derecha NATI y BELISARDO.*)

NATI.—¡Mi respetable agüela, pero si el sesenta caballos que hay a la puerta la casa es de Sisenando...

SISENANDO.—No te asombres tanto, maca, que hay quien los usa de mejores.

NATI.—¡Qué duda coge! ¡El que puede lo gasta, Centollitas!

SISENANDO.—¿Qué es eso de Sentollitas, descarada?

NATI.—¡Perdone usía! Se ma había olvidao que hablaba con un respetable padre de la patria! Dijo guao, y del sótano se subió al tejao. ¡Suerte que tiene uno, fetiche!

SISENANDO.—Estas chulas madrileñas siempre ma emboulican a mi y nunca entiendo lo que dicen... (*Mira el reloj.*) ¡Refeliú!, me voy corriendo... Estoy sitao en la comisión porque tengo que hablar mañana en la Cámara del nuevo impuesto sobre los calsetines

de seda natural. ¿Cuándo quiere que vuelva por la repuestita, doña Victorina?

VICTORINA.—Dentro de tres o cuatro días.

SISENANDO.—¡Molt be!, y ahora, mucha mano ezquerra, yaya, que para arreglar bodas sé que se las pinta sola.

NATI.—(Pues con ésta, límpiate, que estás de huevo.)

SISENANDO.—Dios los guarde.

VICTORINA.—¡El te acompañe, Sisenando! (*Vase Sisenando lateral derecha.*) Es de lo más famoso que vi en mi vida.

BELISARDO.—¡Y lo que usted habrá visto en ochenta años, abuelita!...

VICTORINA.—Recuerdo que en el setenta y tres un día decía Sagasta en el café de Pombo: "En política se ven cosas increíbles, inverosímiles." ¡Y es cierto! ¡Sisenando Centollas hablando sobre el desarme en la Sociedad de las Naciones! ¡Pintoresco! ¡Pintoresco del todo, caballeros! (*Vase lateral izquierda.*)

BELISARDO.—¡Quien lo ha visto y quien lo ve!

NATI.—¡Las vueltas que da el mundo, tío Facundo!

BELISARDO.—(*Mirando el reloj.*) ¡Y la Susana sin venir!

NATI.—(*Guasona.*) Tienes celitos.

BELISARDO.—(*Sonríe.*) ¡Si m'ha dao calabazas!

NATI.—Porque dice que eres muy soso,

BELISARDO.—¡Mira qué rica!

NATI.—(*Coqueta.*) ¡Dios da pañuelo al que no tiene narices!

BELISARDO.—Me parece a mí que tú no quieres muy bien a la Susana.

NATI.—Porque se gasta unos humos de gran señora que atufa; como sirve a la aristocracia, la infeliz s'ha llegao a creer que desciende de la casa Osuna. Ahora anda coqueteando con Becerro, un abogao socialista que vive en el segundo y que es de esos que arrean duro en el Congreso.

BELISARDO.—Mira, monada, no me cuentes más chismes, porque en cuanto prendes la hebra no la sueltas nunca.

NATI.—Si te escuece lo de Becerro ponte en guardia, porque ese animalito tiene muy malas intenciones...

BELISARDO.—Eres de abrigo, nena.

NATI.—Y tú de pasta flora, chacho.

BELISARDO.—Bueno, no disparates más y dime, si se puede saber, dónde está la señorita Mari Carmen, porque ya te lo pregunté tres veces sin obtener respuesta.

NATI.—En casa la Cayetana.

BELISARDO.—¿Quién es esa señora?

NATI.—Una lavandera que dió a luz dos ciudadanos pa la patria mientras el marido tiene una pierna enyesá en San Carlos, porque se cayó de un andamio.

BELISARDO.—¡Nada, un cuadrito pa arrancar lágrimas a una piedra!

NATI.—Desconsolador de lo más; pero como ése los hay a docenas en la villa del oso y del madroño.

BELISARDO.—¿Y qué hace la señorita en casa de esa desgraciá?

NATI.—Después de dejarse los cuartos del cajón, lavar y peinar a los cinco bebés que tiene la infeliz, darles de comer y asear a la madre y a los neófitos. Como comprenderás, tiene pa un rato.

BELISARDO.—¡Es un ángel!

NATI.—¡Santa Isabel de Hungría! En el barrio la adoran.

SUSANA.—(*Sale lateral derecha.*) ¿Se ha cotilleado mucho?

NATI.—Lo necesario na más pa ponerle en antecedentes al andóval.

SUSANA.—Tú andas buscando que te desfiguren las narices. y sin ir a Joligu te las vas a encontrar de pronto a la dernier cinema.

NATI.—Pero avisa al cirujano que pida en el Ayuntamiento un cayadito blanco pa después de la operación.

SUSANA.—¡Ay qué miedo! ¡Mis pobres ojitos!

VICTORINA.—(*Dentro.*) ¡Nati! ¡Nati!

SUSANA.—Anda, encanto, que te llama doña Victorina.

NATI.—Hasta la tercera vez no hay prisa.

SUSANA.—Es inútil que esperes, porque delante de ti no soltaré parola.

NATI.—No me interesa escuchar tus líos.

SUSANA.—(*A Belisardo.*) Qué tarasquita más mona es la nena, ¿verdad?

NATI.—¡Pues aun no me he metido en fuego!

BELISARDO.—¡No os peguéis, como la otra tarde; por lo que más queráis en el mundo os lo pido!

VICTORINA.—(*Dentro.*) ¡Nati! ¡Ven en seguida!

NATI.—¡Ya voy, señora, ya voy! Hay que ver lo carito que paga una el medio panecillo que se come a diario... (*Vase lateral izquierda.*)

BELISARDO.—Bueno, pero a ti ¿qué te pasa?; porque vienes de un humorcito como pa ponerme coraza.

SUSANA.—Estoy más nerviosa que el rabo de un gato.

BELISARDO.—Pues desembucha, que el desahoguen aplaca los nervios.

SUSANA.—Empezaremos por el prólogo, como en las novelas.

BELISARDO.—Prologuea rápidamente pa que no me dejes con la miel en los labios.

SUSANA.—Pues verás: esta mañana me fuí a ver a doña Manolita, que está muy disgustada porque al salir de misa se encontró con el conde del Pino, que ha llegao ayer de París, y le dijo que había visto a don Alvaro en un cabaret whiskiqueando con más furor que un yanqui de allende los mares.

BELISARDO.—¿Y ése es el que se iba a regenerar?

SUSANA.—Sí, sí; me alegro de verte bueno, pititi.

BELISARDO.—Prosigue tu historia sin acotaciones, que interrumpen la marcha.

SUSANA.—Y como comprenderás, teniendo el marquesito varias copas dentro del cuerpo, se le soltó la lengua y dijo que iba a venir muy pronto a Madrid a buscar dinero, porque había encontrao una mina de filón de oro.

BELISARDO.—La cartera de don Ramón. Eso es más claro que la luz.

SUSANA.—¡Naturaca! El muy sinvergüenza ha dao con el tranquillo de asustar a estas dos almas buenas pa que suelten la mosca. Fin del prólogo.

BELISARDO.—¿Pero hay algo más?

SUSANA.—Falta aún lo principal. Con una rabia que me ahogaba, porque ya me veía al señorito marchoso entrar por esa puerta otra vez, me vine a la tienda; pero cátate que en el portal me doy de narices con Becerro, mi vecino, que, cómo sabes, bebe los vientos por una servidora. "Hola, encantiño—me dice con su acento galaico—, ¿dónde va ese cuerpecito serrano?" "¡Al pudridero, porque tengo el alma más negra que la noche!" "¿Y no podría yo consolarla en su desesperada situación? Soy hombre de grandes recurso, mociña." "Con que me dé un buen consejo me basta y me sobra, señor Becerro." "Pues subamos a mi casa, que para resolver casos difíciles tengo bien probado que talento no me falta." Echa a andar el líder escaleras arriba; yo le sigo; entra en un despacho la mar de lujoso; le expongo la triste situación de mi señora (claro está que ocultando su nombre), y después de reflexionar un poco me da el gallego una solución que Dios mediante pondremos en práctica en seguida. Me levanto contentísima de la butaca. El abogao, como es natural, quiere cobrar sus honorarios; yo sorteo la res con mi capote madrileño, y allí quedó con el consejo dado y sin retribución ninguna el pintoresco diputado por Betanzos.

BELISARDO.—¡Qué castiza eres, chiquilla!

SUSANA.—Sé un rato largo de la vida, y a una hija de estos barrios es muy difícil engancharla por la faja cuando ella está en guardia.

BELISARDO.—¿Y de esa consulta nadie sabe nada?

SUSANA.—Tú solo, y a cerrar el pico, porque ya la soltaré cuando venga al caso.

BELISARDO.—Bueno, prenda; pero a todo esto aun no me has dicho la solución que te dió Ternera.

SUSANA.—Becerro, hombre; no confundas los sexos.

BELISARDO.—Pa el caso es igual; anda, desembucha, que me ties intrigao.

SUSANA.—Pues verás... Después de estudiar bien el asunto... ¡Chitón, que vuelve la soleta de la Nati!...

NATI.—(*Sale lateral izquierda.*) He pensao que ahora que estás tú en casa pa atender a la agüela me largo yo un rato a la rúa pa orearme un poco.

SUSANA.—Oréate en el patio interior de la finca, si es que te molesta la polilla, porque ya saliste el jueves con las frescas de las cereras y volviste a las diez de la noche del baile.

NATI.—Poca finura se t'ha pegao en los palacios señoriales.

SUSANA.—(*Va hacia ella.*) Lo que yo te voy a pegar a ti en este momento es una mano de bofetás que va a parecer que están ovacionando a Cagancho en la plaza de toros.

NATI.—¡Tía Victorina, venga usté, que la Susana me quiere pegar! (*Belisardo las sujeta.*)

SUSANA.—¡Toma, por meterte por medio!

BELISARDO.—¡Menudo pellizco m'ha arreao! ¡Mi madre!...

VICTORINA.—(*Sale apoyada en el bastón.*) ¿Pero quién da esos gritos? ¿Qué pasa aquí?

SUSANA.—¡Que quiere largarse otra vez con las cereras!

NATI.—No la haga usté caso...

VICTORINA.—¡Imposible! ¡Imposible! Esta tarde viene Manolita Brujadas y hay que hacerle el chocolate; ya saliste el jueves, que fué fiesta. Y si tuerces el hociquito te quedas en casa lo que resta de mes, porque a mí malas caras, no, porque las pongo yo peores. ¿Sabes, nena?

NATI.—(*Besándola.*) ¡Ay, qué rica y qué buena es mi tita!

VICTORINA.—Todos somos ricos y buenos cuando dejamos hacer a los que nos rodean su santa voluntad. ¡Es un remedio infalible para hacerse querer! ¡Ay, qué dolor!

SUSANA.—¡Ya empezamos! Déjese de las cataplasmas y de los

hierbajos del señor Carballeira y mande usted llamar a don Rafael Montilla, que es el que mejor la entiende.

VICTORINA.—¡Si está en el extranjero!

SUSANA.—¡Qué va a estar! Precisamente me estaba ahora diciendo Beli que ayer comió en casa de doña Manolita.

BELISARDO.—Hace tres días que llegó a Madrid.

VICTORINA.—¡Qué ingrato, no venir a verme! Anda, Nati, toma un *taxi* y dile que venga en seguida, porque estoy muy malita.

NATI.—Antes de media hora lo tiene usted aquí. (*A Susana, bajo.*) Que me escapo al cine con las cereras es prehistórico.

SUSANA.—(*Bajo, a Nati.*) Que esta noche cuando estemos solitas en la chambre te dejo hecha unos zorros lo sabe hasta Ventolila.

NATI.—Adiós, torera, ¿dónde está el becerro? ¡Mu! A ver quién adivina el acertijo. (*Vase riendo lateral derecha.*)

BELISARDO.—(*La coge.*) ¡No le hagas caso; despréciala!

SUSANA.—¡Si no fuera por respeto a la señora la trituraba!

VICTORINA.—Le gusta mucho la calle. (Igualito que a mí cuando tenía sus años.) (*Medio mutis.*) Oye, Susana, ¿le dijiste a tu señora que volvió de Alemania Rafael?

SUSANA.—¡Ya sabe usted que no quiere que le hablemos del doctor!

VICTORINA.—¡Cierto, cierto! ¡A qué hablar de cosas imposibles! Aun me estremezco toda cuando recuerdo la última visita del esposo! ¡Qué hombre más cínico, Virgen mía! ¡Y después dicen! ¡Si la vida real es una novela aún más interesante que las que leemos! ¡Una grande de España entre la clase humilde! ¡Un marido que hace de ella una mártir! ¡Un galán que la ronda y se muere de amor!... ¡Precioso! ¡Precioso! (*Vase lateral izquierda.*)

SUSANA.—¡Pobre abuelita, qué fantástica es!

BELISARDO.—¿Pero es verdad que doña Alicia no sabe que está el doctor en Madrid?

SUSANA.—Completamente en el limbo. Si ella lo sospechara siquiera se le había terminao la tranquilidad. ¡Calla! ¡Ay, hijo, no tengas tanta prisa, que pa ahorcarse siempre hay tiempo, y yo no dejo a mi señora por nada de este mundo!

BELISARDO.—(*Extrañado.*) ¿Qué dices?

MARIA.—(*Sale lateral derecha; lleva velito.*) ¿Quién quiere que me dejes, Susanita?

SUSANA.—Este pasmao, que no pía más que por ir a la parroquia.

MARIA.—Pues si de tu felicidad se trata, no pienses en mí; ya sabes que no soy egoísta.

SUSANA.—Hasta que yo la vea a usted dichosa no me separo de su lado. ¡Lo juro por éstas!

MARIA.—(*Sonriendo.*) Pues entonces lo del casorio va para largo, pobre Beli.

SUSANA.—Quién sabe. ¡Dios es muy bueno y muy grande!

MARIA.—¡El sobre todo!

BELISARDO.—Tendré paciencia y esperaré a que vengan tiempos mejores. Si la señora no dispone otra cosa, un servidor se retira.

MARIA.—Nada, Belisardo, nada; muchas gracias.

BELISARDO.—Pues entonces, buenas tardes y hasta mañana... (*Vase lateral derecha.*)

MARIA.—Es un excelente muchacho.

SUSANA.—Un pan bendito; pero a mí me gustan de más bríos, de esos que tienen el alma muy templá para poder luchar frente a frente.

MARIA.—¡Pero si eres toda corazón! ¿Por qué te las echas de feroche?

SUSANA.—Dejaría de ser madrileña si no fuera así, señora marquesa; ya sabe usté el refrán que le dijo Mosoline cuando fuimos a Roma: *Fortitis en el modi y suavitis en la res.*

MARIA.—(*Ríe.*) ¡Calla, no disparates!

SUSANA.—Chamullo muy mal el italiano, ¿verdad?

MARIA.—¡Pero si eso, bien dicho, es en latín! Me haces reír aunque no quiera, chulita.

SUSANA.—¡Pues bendita sea mi sandunguera gracia si con ella hago que asome la risa a su boca de corales!

MARIA.—¡Si no fuera por ti, qué sola me encontraría en el mundo!

SUSANA.—¡Siempre seré la más fiel y humilde de sus servidores, señora marquesa!

MARIA.—¡Tú eres mi hermana! El dolor nos iguala a todos. En el corazón no hay razas ni castas.

SUSANA.—Y cuando suceda igual con las alegrías se habrá solucionao el problema. ¡Todos hermanos, todos protegiéndonos los unos a los otros!

MARIA.—¡Qué hermoso ideal!

SUSANA.—¡Si todos los poderosos de la tierra pensaran como usted el mundo sería un paraíso!

MARIA.—A muchos les hace falta convivir con el pueblo como yo

convivo; acercarse al miserable como yo me acerco; tocar con las manos sus llagas como yo las toco. ¡El día que eso hagan verán qué poco valen las vanidades y los honores!

SUSANA.—(*Besándole las manos.*) ¡Si los pobres supieran que estas manitas que enjugan sus lágrimas son las de una marquesa de la más rancia nobleza de España aun la amarían a usted más de lo que la aman.

MARIA.—Prefiero que lo ignoren. ¡Y cuidadito conque se te escape!

SUSANA.—¡Ya sabe usted que en diciéndome calla ya no hablo palabra!

MARIA.—(*La abraza.*) Ya sé que eres muy buena y muy discreta, Susanita.

SUSANA.—Fíjese qué grupo más de aztualidaz pa un gráfico. ¡El proletariao en brazos de la aristogracia! ¡Sensacional del to! ¡Venga el magnesio! ¡Pum!

MARIA.—¡Qué tontísima eres! (*Se oyen voces dentro.*)

SUSANA.—Ahí tie usted a sus discípulas de las Peñuelas.

MARIA.—¡Pues lárgate, porque las alborotas con tus bromas! Anda, vete. (*Vase Susana lateral izquierda.*)

TRINI.—(*Desde dentro.*) ¿Se puede pasar?

MARIA.—Adelante.

(*Salen lateral derecha TRINI, CASTORA, SERAPIA y ADELA, todas muy pobremente vestidas y con los cuadernos de escritura en la mano.*)

TODAS.—Güenas tardes, señorita; ¿cómo está usté?

MARIA.—Bien, ¿y vosotras?

TODAS.—Güenas, gracias.

MARIA.—Faltan Prudencia y Cipriana.

TRINI.—La Pruden y la Cipri s'han ido a Pinto a felicitar a su agüela, que está hoy de días.

MARIA.—No se dice agüela.

TRINI.—Es que en Madrí les llamamos así a los padres de nuestros padres.

MARIA.—Y en mi tierra también, pero lo pronunciamos con B.

TRINI.—Ya sé, ya sé. ¡Buela, buela!

CASTORA.—(*Es tartamuda.*) A-te-te-rriza, que vas a lle-llegar a las nu-nubes...

TRINI.—Pues cuando baje prepárate...

MARIA.—(*La coge del brazo.*) ¿Os vais a pelear como ayer en la plaza de la Cebada?

TRINI.—¿Quién es la soplona que le ha ido a usté con el cuento? ¡Ande, que se tire al ruedo si tie coraje! (*Mira a Serapia.*)

SERAPIA.—(*Miedosa.*) ¡Yo, no! ¡Yo, no! ¡Siempre la pagas conmigo!

MARIA.—(*Coge a Trini, que quiere pegar a Serapia.*) ¿Pero es que después de los meses que llevo luchando con vosotras no voy a adelantar nada? ¡Son fieras!

ADELA.—(*Muy modosa.*) Tiene razón la señorita Mari Carmen. Sois muy mal educadas.

CASTORA.—¡Mira la tonta de la pandereta!

TRINI.—Estas moscas muertas son las peores.

MARIA.—¡Basta! Enseñarme en seguida las planas para ver lo que hicisteis en vuestras casas durante la semana. Vengan tus palotes, Serapia. Los de siempre: todos desmayados y unos encima de otros. ¡Más derechitos, nena, más derechitos! Ahora el tuyo, Adela; no está mal; pasarás a la tercera muestra. El tuyo, Trini.

TRINI.—Estos borrones tan gordos me los ha echao mi hermano pequeño, que es muy bruto.

MARIA.—(*Lo coge con dos dedos.*) ¡Jesús, qué cosa más horrible!... Tú no aprenderás nunca a escribir, ¡nunca! ¡Quita eso de mi vista!...

TRINI.—Dígale usté a la tartaja que no se ría, porque la voy a dar una guantá.

MARIA.—En mi presencia te librarás muy bien de dar una guantá a nadie. Castora, dame tu cuaderno. ¡Chiquilla, esto está muy bien!

TRINI.—Toma, porque se lo ha hecho su padre, que es el golilla que extiende las cédulas en el distrito de la Latina, y quiere que su hija nos escachifolle a todas en la lección.

CASTORA.—Me-mentira. Me-mentira.

TRINI.—El movimiento se demuestra andando. Venga una pluma y a hacerlos aquí delante de nosotras. ¿Ve usté? ¡Ya se ha rajao! (*Adela pone el tintero en medio de la mesa.*)

MARIA.—¡Jesús, qué dichos más raros! Sentaros a escribir en seguida y silencio absoluto. (*Se sientan las cuatro alrededor de la camilla y empiezan a escribir. María le lleva la mano a Serapia.*) Hoy día no puede la mujer carecer de la instrucción necesaria para hacer frente a la vida. Levanta esa cabeza Castora, que estás dando con la nariz en el papel. ¡Qué alegría más grande cuando os pueda decir: ya sabéis escribir! Mete esa lengua en la boca, Serapia, que te pones horrible.

TRINI.—Es el bobo de Coria.

MARIA.—¡A callar! (*Sale RAFAEL lateral derecha y se queda contemplando la escena. María está de espaldas.*) Quiero que seáis modosas y bien educadas, que olvidéis palabras feas y ademanes groseros, y después, cuando pasen los años, os acordaréis de la señorita Mari Carmen que os acogió como a unas hijitas grandes y os enseñó a ser buenas y honestas. ¡Rafael!

RAFAEL.—Perdón si vengo a interrumpir tan interesante momento.

MARIA.—(*Repuesta.*) ¡Seguid escribiendo, niñas! Le hacía a usted aún en el extranjero.

RAFAEL.—Llegué el jueves de Alemania, donde pasé cinco meses haciendo estudios en el hospital; pero como mi sustituto ganó unas oposiciones en provincias tuve que volver para hacerme cargo de mi clientela. ¿Qué le pasa a la pobre doña Victorina? Nati me dijo que está muy enferma.

MARIA.—Sufre mucho de sus dolores; pero, gracias a Dios, no es de gravedad su estado,

RAFAEL.—¡Entonces exageró la chiquilla! ¡Me alegro!

MARIA.—Seguramente lo hizo para que usted viniera antes. (*Desde izquierda.*) ¡Susana, Susana! ¿Y su padre, cómo sigue?

RAFAEL.—Ayer llegó del cortijo y pronto vendrá a saludar a ustedes. ¡Con cuánto afán escriben sus discípulas!

MARIA.—Vienen una hora todos los días festivos, y así, poquito a poco, van aprendiendo.

RAFAEL.—¿Pero es posible que a su edad aún no sepan lo más rudimentario?

MARIA.—¡Por desgracia, la enseñanza está muy abandonada en los barrios extremos!

RAFAEL.—¡Qué buena es usted, Mari Carmen! (*Sale SUSANA por izquierda.*)

MARIA.—Ten la bondad de acompañar al doctor junto a doña Victorina. (*Rafael se inclina y vase con Susana por izquierda.*) ¡Basta por hoy, hijitas! ¡Me duele mucho la cabeza! ¡Perdonad!

TRINI.—Tome un sello de aspirina, que es cosa probá.

CASTORA.—¿Voy por él a la bo-botica de un sal-salto?

MARIA.—No, Castora, no; muchas gracias.

SERAPIA.—Güenas tardes; hasta el domingo, si Dios quiere. (*Vase.*)

CASTORA.—Ya lo sa-sabe, pa servirla en lo que me mande; que se me-mejore... (*Vase.*)

TRINI.—Una servidora no ofrece de boquilla, como esa tartaja mentirosa; usted a ordenar y yo a ser su humildísima criada.

MARIA.—(*Acariciándola.*) ¡Gracias, Trini!

TRINI.—¡Tie las manos de raso y le huelen a incienso! Me alegraré que se alivie, señorita. (*Vase.*)

ADELA.—(*Besándole la mano; es la que va más pobremente vestida.*) ¿Está triste porque nosotras no semos güenas?

MARIA.—(*La besa con emoción.*) No, Adelita, no; estoy triste porque vine a este mundo para sufrir.

ADELA.—¡Como venimos todos, señorita! Que se mejore y disponga de una servidora. (*Vase.*)

MARIA.—¡Otra vez él aquí y yo poniendo todos los medios para olvidarlo! ¡El destino es implacable conmigo! (*Salen lateral derecha RAMON y MANUELA.*)

MANUELA.—(*Cariñosa.*) ¿Tuvo usted algún disgusto?

RAMON.—¡Se le nota en la cara! ¿Qué le sucede?

MARIA.—Rafael está aquí.

MANUELA.—(*Quitándose el velo.*) ¿Pero se atrevió a venir?

MARIA.—¡Le mandó llamar doña Victorina!

RAMON.—¡Tiene en él mucha fe! (*Salen por izquierda SUSANA y RAFAEL.*)

RAFAEL.—¡Tanto bueno por aquí! (*Saluda.*)

MANUELA.—¿Qué le ocurre a doña Victorina?

RAFAEL.—¡Achaques de la edad! Le receté unas inyecciones muy buenas, y ahora resulta que le tiene un miedo horroroso al pinchazo.

SUSANA.—Es inútil intentarlo si usté no se lo da...

RAMON.—Digan lo que quieran, para el reuma no hay como unas frieguecitas de aguarrás y unos pantalones de bayeta amarilla. ¡Es probadísimo!

RAFAEL.—Me acaba usted de dar la gran receta para cuando vaya a visitar a la baronesa del Rincón, amigo Carballeira.

MARIA.—(*Espontánea.*) ¿Qué le sucede a María Victoria?

RAFAEL.—(*Sonriendo.*) Me dijo el barón por teléfono que tiene unos ligeros dolores reumáticos. Nada de particular. Habrá que ver a la espiritual María Victoria con un pantalón de bayeta amarilla y oliendo a aguarrás. ¿No le parece que estará deliciosa, marquesa?

MARIA.—(*Turbada.*) ¿Pero usted sabe que yo soy...?

RAFAEL.—¡La mujer más sublime del mundo!

MARIA.—No hago más que cumplir con mi deber, como muchas harían en mi caso.

RAFAEL.—Quizá tenga razón; pero como yo no he visto más que el caso de usted, ante él me inclino lleno de respeto.

MARIA.—¿Y si yo le rogara que no habláramos sobre ese asunto?

RAFAEL.—(*Se inclina.*) La complacería sin dudarlo un momento.

MANUELA.—Y a todo esto, ¿quién le va a dar los pinchazos a doña Victorina?

RAFAEL.—(*A María.*) Usted ordena...

MARIA.—Venga usted a ponerla esas famosas inyecciones, porque sería cruel consentir que siguiera sufriendo la pobrecita.

RAFAEL.—Entonces voy en seguida por ellas. Hasta ahora, amigos; a sus pies... Mari Carmen. (*Vase lateral derecha con Susana.*)

MARIA.—(*A Manuela.*) ¡No trates de hacerte la indiferente, no lo niegues: fuiste tú la que le contaste lo de mi marquesado!... Eres una charlatana insoportable.

MANUELA.—¡Escuche con calma, no se altere, por su madre se lo pido!

MARIA.—¿Pero no me juraste por todos tus difuntos que de tu boca no saldría jamás una palabra?

MANUELA.—Espere que le explique. Fué que al pobre Ramoncito se le escapó sin querer. ¡Perdónelo!

RAMON.—¡Eh! ¡Alto ahí, Manolita, que yo no dije nada!

MANUELA.—Fuiste tú mismo al lado de la armadura del Cid Campeador. Acuérdate, prenda mía.

RAMON.—¡Qué Cid ni qué niño muerto! Te consiento que me eches las culpas respecto al negocio; te escucho pacientemente las trolas que le enjaretas a la parroquia a todas las horas del día. ¡Pero tratándose de la señora marquesa, las cosas claras y cada palo que aguante su vela! ¡Pues no faltaba más!

MANUELA.—¡No te creía tan cínico, Ramoncito!

MARIA.—¡No pelearos, por la Virgen Santísima os lo pido! A mí me da lo mismo que lo sepa por uno que por otro, y desde mañana sin falta empiezas a buscar a quien traspasar la mercería, porque yo no quiero seguir más en ella. ¡Se acabó!

RAMON.—¡Qué pena abandonar un negocio que marcha viento en popa!

MARIA.—Así se traspasará antes.

MANUELA.—(*Llorando.*) ¡Y todo eso lo hace por mi causa, porque fuí yo, yo sola, la chismosa, la que le fué con el cuento a Rafael. Perdóname, Ramoncito, lo que antes te dije; merezco mil muertes, ¡las merezco!

MARIA.—(*Acariciándola.*) No llores ni te aflijas, porque yo no sé fingir, Manolita; no es por tu indiscreción por lo que abandono esta casa; es porque no tengo valor para seguirlo viendo; cuando estaba lejos me sentía protegida por mi caridad y mi trabajo; pero

ahora que lo volví a ver, que escuché de nuevo su voz, comprendo que mi ánimo decae. ¡Delante de vosotros no me sonroja decir que lo quiero con toda mi alma!

RAMON.—¡Y que no hay solución por más que la busco; que no la hay!

MARIA.—Me iré donde nadie me conozca y allí seguiré trabajando; ahora ya estoy entrenada y no es cosa nueva para mí.

MANUELA.—Vaya, que no me convence que emprenda el camino por esos mundos de Dios como un alma en pena. Mira, Ramoncito, no me guiñes el ojo, porque me pongo a morir cuando no digo lo que siento.

SUSANA.—(*Sale primera derecha.*) Tiene razón doña Manolita; una servidora piensa igual que ella.

MARIA.—¡Susana, te ordeno que te calles y que no te mezcles en este asunto!

SUSANA.—(*Humilde.*) Ya sé que no debía de hacer lo que hago; pero el cariño tan grande que tengo a la señora me hace dar este paso.

MARIA.—(*Extrañada.*) ¡No te comprendo!

SUSANA.—¡Yo he dao con la solución que usté necesita!

RAMON.—¡Caramba, eso es muy serio! Habla, muchacha, habla.

MANUELA.—¡Suéltalo pronto, hija, que estoy en ascuas!

SUSANA.—(*Triunfante.*) ¡El matrimonio puede anularse!

MANUELA.—¡Qué torpeza la nuestra no haber caído antes en ello!

SUSANA.—Hay varios anulaos en Madrid entre las personas conocidas.

MANUELA.—¿Pero existen en este caso los motivos que se exigen para la anulación?

SUSANA.—No; sólo los hay para el divorcio; pero se inventan; ahora que se necesitan muchos miles de duros pa conseguirlo.

MANUELA.—Entonces, hecho, porque don Juan Gonzalo tiene una fortuna muy grande para hacer la felicidad de su Rafael. ¿Y dónde hay que ir para esas zarandajas?

SUSANA.—A París. Allí, con metales preciosos, se arregla todo en un periquete.

MANUELA.—Pues a preparar el equipaje, porque ya os estoy viendo camino de Francia en el rápido.

SUSANA.—(*Contenta.*) ¿Ve usted, señora de mi alma, cómo esta chulita tuvo una idea genial?

MANUELA.—(*A Ramón.*) ¿Y tú, qué dices a todo esto?

RAMON.—Que habéis arreglado ese difícil asunto entre las dos y que doña Alicia aún no soltó palabra.

SUSANA.—Tiene usté que comprender, señor Carballeira, que el verse libre de la nube negra de su vida la tiene emocionada.

MARIA.—(*Con dulzura.*) Os dejé hablar porque todo cuanto habéis dicho es dictado por vuestro gran cariño hacia mí. Pero yo no puedo aceptar eso ni sé inventar falsedades ni engaños. (*VICTORINA sale por lateral izquierda y escucha atentamente esta escena.*)

MANUELA.—Piense que se trata de su dicha.

MARIA.—Está muy bien pensado, Manuela. No insistas.

RAMON.—Esperaba esa respuesta desde un principio.

MANUELA.—Confieso francamente que no comprendo tanta firmeza ni tanta obstinación.

VICTORINA.—(*Dando unos pasos.*) ¡Pues yo sí!

MANUELA.—(*Irónica.*) ¡Usted, la eterna casamentera! ¡El San Antonio del barrio dice eso!

VICTORINA.—(*Sonriendo.*) Pero dos maridos vivos aún no los tengo en mi colección, Manolita.

SUSANA.—Ya dijo Becerro la otra tarde en el Congreso que las mujeres en España están muy...

MARIA.—¡Alto ahí, Susanita! No mezclemos la política con las creencias ni con la religión. ¡Cuidado! ¡Mande quien mande, no conseguirán destruir jamás ni la fe ni la Cruz! ¡La arrancarán de nuestro pecho por la violencia, pero con ello harán que el sagrado símbolo se incruste con más fuerza en nuestro corazón! ¡El alma de los españoles será siempre católica, y al podar sus ramas harán que brote con más vigor el fruto, porque el tronco es recio y sus raíces hondas! ¡Cristo a un lado! ¡Miserias y ambiciones a otro! ¡Apartemos lo divino de lo humano, por favor! ¡Política, no, Susanita! ¡Política, no!

RAMON.—¡Muy bien dicho!

VICTORINA.—¡Así se habla!

RAFAEL.—(*Sale lateral derecha. A Susana, confidencial.*) ¿Qué, acepta?

SUSANA.—(*Triste.*) ¡No quiere de ninguna manera, señorito Rafael!

RAFAEL.—¿Lo meditaste bien? ¿No ves en ello el término de nuestros sufrimientos y una vida llena de amor y felicidad?

MARIA.—(*Dulcemente.*) ¡Qué pronto te olvidaste de mi manera de pensar, Rafael!

SUSANA.—No se canse, porque nada conseguirá. La conozco de sobra.

RAFAEL.—(*A María.*) Después de oír eso se impone que nos separemos de nuevo, ¿verdad?

MARIA.—¡Así debe ser!

RAFAEL.—¡Y eres tú la que dices que me amas!

MARIA.—¡Con toda mi alma; pero unas creencias inculcadas desde hace siglos no se pueden borrar con dos plumadas!

RAFAEL.—¡Entonces nuestra separación será eterna!

MARIA.—Hasta que Dios disponga otra cosa, sí.

RAFAEL.—¡Adiós, Mari Carmen!

MARIA.—¡Que El nos proteja a todos, Rafael!

MANUELA.—¡Y ahora, pobre mujer, a seguir arrastrando su cruz toda la vida!

MARIA.—¡Mi cruz, no! ¡Mi deber de cristiana, porque un sacramento instituído por Jesucristo no hay poder humano sobre la tierra para destruirlo!

FIN DE LA OBRA



RIVADENEYRA (S. A.).—MADRID